

P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.

**SAN JOSÉ DE ANCHIETA
APÓSTOL DEL BRASIL**

LIMA – PERÚ

SAN JOSÉ DE ANCHIETA, APÓSTOL DEL BRASIL

Nihil Obstat
Padre Ricardo Rebolleda
Vicario Provincial del Perú
Agustino Recoleta

Imprimatur
Mons. José Carmelo Martínez
Obispo de Cajamarca (Perú)

LIMA – PERÚ

ÍNDICE GENERAL

INTRODUCCIÓN

CAPÍTULO PRIMERO: SU VIDA Y APOSTOLADO

Sus primeros años.

Viaje a Brasil.

Río de Janeiro.

Sao Paulo.

Embajador de paz.

Cartas inéditas.

Información sobre Brasil.

Carta del rey.

CAPÍTULO SEGUNDO: DONES SOBRENATURALES

Carismas a) Profecía.

b) Conocimiento sobrenatural.

c) Agilidad. d) Bilocación.

e) Luces sobrenaturales.

f) Éxtasis y levitación.

g) Invisibilidad.

h) Don de curaciones.

i) Resucitar muertos.

j) Otros milagros.

k) Poder sobre los animales.

l) Poder sobre las serpientes.

Almas del purgatorio.

Así era él.

CAPÍTULO TERCERO: EL MÁS ALLÁ

Su muerte.

Milagros después de su muerte.

Poder sobre los demonios.

El pozo del agua milagrosa.

Los mártires del Brasil.

Beatificación y canonización.

CONCLUSIÓN

BIBLIOGRAFÍA

INTRODUCCIÓN

San José de Anchieta es uno de los grandes santos de la Iglesia católica. Un gran investigador de la flora, fauna y geología del Brasil, a quien se le considera uno de los fundadores del país. Fundó la ciudad de Sao Paulo y contribuyó a la fundación de la ciudad de San Sebastián de Río de Janeiro.

Por su iniciativa se construyeron más de mil templos, hospitales y escuelas. Sabía con soltura español, portugués y tupí, la lengua de los indios, en la que escribió varias obras de teatro. Recorrió en sus afanes apostólicos territorios de los actuales países de Argentina, Uruguay y Brasil. Desde 1588 se le considera el apóstol del Brasil, como lo llamó el Papa Juan Pablo II el día de su beatificación.

Era un hombre humanamente muy completo: músico, autor de obras teatrales, médico, investigador de plantas medicinales, de insectos y de animales, no conocidos en Europa. Escribió una gramática, un diccionario y un catecismo en la lengua de los indios. Fue promotor de la paz entre portugueses y nativos, e investigador de las costumbres de los indios, respetuoso de su cultura.

Fue también un gran santo con éxtasis frecuentes, bilocación, don de agilidad sobrenatural, de resplandores celestiales y hacía muchos milagros para sanar enfermos o para manifestar la verdad de la fe cristiana y el poder de Dios.

También tenía dominio sobre los animales. En algunas ocasiones dos panteras (jaguares) le acompañaban cuando por la noche salía por la selva a orar, dándoles como paga su ración de frutos de la tierra. Había un buey feroz, a quien varios hombres no podían ponerle el yugo, y por su mandato un muchacho se lo colocó después de hacerle la señal de la cruz. En una ocasión, mandó a unos monos del bosque que lo acompañaran. A las serpientes les ordenaba que no hicieran daño a nadie y alguna vez las cogía con la mano para predicar a los naturales la bondad de Dios.

Era admirable cuando calmaba las tempestades o detenía las lluvias. Por todo ello y por mucho más, nos sentimos orgullosos de nuestro hermano José de Anchieta y lo invocamos con amor para que nos obtenga muchas bendiciones de Dios.

Nota.- *Sum* se refiere al *Summarium* (Sumario) de los testimonios de los testigos que se encuentra en *Beatificationis et canonizationis servi Dei Josephi de Anchieta, Positio super dubio*, Roma, 1733.

Vasconcellos hace referencia al libro de Simao de Vasconcellos, *Vida do veneravel padre Joseph de Anchieta*, Lisboa, 1672.

CAPÍTULO PRIMERO SU VIDA Y APOSTOLADO

SUS PRIMEROS AÑOS

En el océano Atlántico, junto a las costas de Marruecos, están unas islas llamadas por los antiguos islas *Afortunadas* y que fueron sometidas por los portugueses, que las llamaron Canarias. En estas islas nació José el 19 de marzo del año 1533, en San Cristóbal de la Laguna (Tenerife). Su padre era vizcaíno y su madre era de estas islas. Ambos eran buenos cristianos, de sangre noble y buena hacienda.

Su madre Mencia Díaz de Clavijo y Llerena estuvo casada en un primer matrimonio con Nuno Núñez de Villavicencio y después se casó con el capitán Juan de Anchieta Zelayarán (de Guipuzcoa) y en alguna medida, familia de san Ignacio de Loyola. Mencia, de su primer matrimonio, tuvo dos hijos: Pedro Núñez y Gregorio Núñez.

El padre, Juan de Anchieta, era escribano de su Majestad en la isla de Tenerife y también procurador mayor del Cabildo. Se casaron en 1532 y tuvieron seis hijos: Teresa de Zelaya y Anchieta; José de Anchieta, nuestro santo; Ana Martín de Anchieta; Juan de Anchieta; Baltasar de Anchieta y Gaspar de Anchieta. También se hace mención de otros dos hijos que pasaron con José a estudiar a Coímbra y después fueron a Flandes a servir en el ejército y murieron sin dejar descendencia.

José fue bautizado el 7 de abril de 1533 en la parroquia Nuestra Señora de los Remedios, actual catedral de San Cristóbal de la Laguna (Tenerife).

Aprendió en casa de sus padres lectura, escritura y lengua latina. Ya un poco mayor, sus padres lo enviaron a estudiar a la universidad de Coímbra en Portugal. Escogieron esta universidad, porque su madre era hija de Sebastián de Llerena, judío converso de Castilla, y, por tanto, cristiana *nueva* y en Portugal eran más abiertos y menos estrictos con los cristianos *nuevos* que en España. Allí estudió, en las escuelas de la Compañía de Jesús, humanidades y filosofía. En cuanto a las virtudes, le dio especial importancia a la virtud de la castidad, huyendo en lo posible de todo asomo de lujuria. Su biógrafo el padre Pedro Rodríguez, que escribió su vida a los 23 años de su muerte, nos dice: *Un día estaba en una iglesia arrodillado en oración, delante de una imagen de la Virgen María, y allí le consagró su virginidad con voto* ¹.

¹ Rodríguez Pedro, *Vida del padre Joseph de Anchieta*, Salamanca, 1618, p. 18.

Después, sintiendo deseos de ser religioso, pidió entrar en la Compañía de Jesús como lo eran sus maestros. Tenía 17 años cuando entró de postulante. En el noviciado le encantaba ayudar a las misas y cada día ayudaba a ocho misas. Algunos días más y esto lo hacía de rodillas, lo que le ocasionó dolores de columna en la parte del sacro (última parte del espinazo). Pensando que se le pasaría, siguió ayudando a las misas, ocultando su dolor y, mitigándolo, doblando el cuerpo hacia un lado y apretándose con el cinto la parte del sacro.

Tuvo que dar a conocer sus dolores y le aplicaron remedios que no le restablecieron totalmente la salud, pero sintió una gran mejoría. Tenía miedo de que ese problema le impidiera trabajar como los demás, pero un día el padre Simón Rodríguez, uno de los primeros nueve compañeros de San Ignacio, lo consoló y le dijo: *Perded, hijo, cuidado, que no os quiere Dios con más salud.* Desde ese día se le quitó la tristeza y aceptó sus limitaciones como voluntad de Dios para tener algo que ofrecerle por la salvación de las almas.

Y los Superiores, consultados los médicos, decidieron enviarlo al Brasil con la esperanza de que el clima caluroso pudiera restituirle totalmente las fuerzas.

VIAJE A BRASIL

El padre José salió de Lisboa el 17 de abril de 1553 con otros religiosos jesuitas. A los pocos días llegaron a las islas Canarias. Estaba contento y durante el viaje se encargó de la cocina y despensa. Llegó a Brasil el 13 de julio de ese año y desembarcó en Salvador de la Bahía. Tenía 20 años. El padre provincial, Manuel de Nóbrega, lo envió a Piratininga y allí fundó escuelas de latinidad, hasta entonces nunca vistas en Brasil. Como no tenían libros, todos los días les traía escrita la lección de su propia mano. Se dedicó desde el principio a aprender la lengua de los indios y la aprendió tan bien que fue un maestro de ella y escribió en este idioma una gramática, un diccionario y hasta obras de teatro, inculcando a los indígenas las virtudes cristianas y reprendiendo sus vicios. Por eso, se le considera el padre de la literatura brasileña, por haber sido dramaturgo, gramático y poeta en su lengua.

Como religioso, procuró que los indios se reunieran en el poblado de Piratininga para poder enseñarles mejor la doctrina cristiana. Poco a poco fueron reuniéndose los indios cristianos y se formó un pueblo que con el tiempo dio lugar a la gran ciudad de Sao Paulo, de la que es considerado su fundador.

Se preocupó, como maestro, de enseñar a los indios, no sólo a leer, escribir y contar, sino también a cantar, y a tocar instrumentos musicales como el címbalo y el órgano. Así lo declaró en el Proceso Andrés Dosim: *Aprendí yo y mis hermanos a tocar el órgano y el címbalo, y fui educado desde la infancia en la religión católica* ².

Y no olvidemos que hizo estas cosas sin ser sacerdote, porque, al llegar a Brasil, no había ningún obispo. Sólo pudo ser ordenado sacerdote el año 1556 por el primer obispo de Brasil Pedro Leytao. Siendo ya sacerdote, prosiguió sus correrías apostólicas y visitaba los colegios de los distintos lugares, hasta el año 1577 en que le hicieron Superior provincial durante siete años, permaneciendo especialmente en la región de Bahía.

RÍO DE JANEIRO

El año 1531 vinieron los franceses a Brasil por primera vez al puerto de Bahía. Se establecieron principalmente en Cabo Frío y Río de Janeiro, en tierra de indios, que habían sido amigos de los portugueses, pero por algunas ofensas recibidas se hicieron sus enemigos y recibieron como amigos a los franceses. Estos les daban ropa y armas y los ayudaban contra los portugueses y, de esta manera, cargaban sus naves de productos de la tierra.

En 1557 los franceses comenzaron a hacer poblados con gente venida de Francia en Río de Janeiro. La mayor parte de ellos eran herejes de diversas sectas y especialmente ministros de Calvino y trataban de enseñar sus ideas a los indios. Entre los franceses hubo un capitán muy católico llamado Villegaignon, un gran caballero, que incluso rescataba a los portugueses que tenían prisioneros los indios.

Villegaignon fortificó la entrada de Río de Janeiro con la ayuda de los indios. Para mayor defensa, en una de las islas de la ensenada levantó un castillo con piedras fuertes. Pero volvió a Francia en 1558 y murió luchando contra los herejes de su país.

El año 1559 el rey de Portugal, informado de que algunos portugueses maltrataban a los indios y ellos se retraían de la religión cristiana, mandó de gobernador de Brasil a Méndez de Salas, hombre prudente, que comenzó por hacer las paces con algunos poblados indios, poniendo como condiciones que no comieran carne humana, que recibiesen a los padres de la Compañía y a otros que

² Sum p. 17.

iban a predicar la fe, y que se reuniesen en poblados grandes para poder enseñarles mejor la fe cristiana y las buenas costumbres.

Prohibió a los portugueses que cautivaran a los indios, dio libertad a muchos que eran tratados como esclavos y castigó severamente a quienes no obedecían. El gobernador trató también de vengar las injurias que habían recibido los indios cristianos de otros indios enemigos. Pidió que les entregaran a los asesinos. Al no aceptar, se fue al ataque y quemó más de 60 aldeas indias enemigas. Al rendirse, les concedió la paz con las condiciones antedichas.

Una vez que las cosas con los indios estaban por buen camino, decidió echar a los franceses del Brasil. El año 1560 los atacó en Río de Janeiro y pudo destruir el castillo que tenían y dispersarlos.

En 1564 la reina Catalina escribió al gobernador Mem de Sá que poblara la región de Río de Janeiro y echara de aquel lugar a todos los franceses que quedaban. Para ello le mandó dos naves de guerra. Pero muchos indios de la región de Río, puestos al lado de los franceses, siguieron atacando a los portugueses y a sus indios amigos.

Los indios tamojos atacaron en 130 canoas. En medio del combate estaba en oración en la iglesia el padre Gonzalo de Oliveira. La iglesia estaba hecha de palma y, como las flechas venían de lo alto, traspasaban el techo y los lados. Fue admirable ver la gran cantidad de flechas que cayeron a los costados del padre sin que ninguna lo tocara. Este hecho lo tuvieron por milagroso.

Después de rechazar a los indios, el capitán Estácio de Sá acometió a los franceses y les hizo gran destrozo con muchos muertos y heridos; y también con muchos indios prisioneros.

En 1565 de nuevo el gobernador quiso acabar con el resto de los franceses que quedaban por el lugar, viviendo entre los indios enemigos. El 20 de enero de este año, día de San Sebastián, nombre del rey de Portugal, tomaron al santo como protector. La flota de seis galeones, otras naves de menor calado y unas nueve canoas, entraron por la ensenada de Río de Janeiro y pudieron ocupar las islas que estaban a la entrada del río, pero faltaba comida y los indios amigos querían volver a sus tierras.

El padre José, en esa situación, les prometió que para el día siguiente, vendrían las vituallas. Ellos aceptaron esperar un día más y, al día siguiente, ciertamente aparecieron tres barcos con comida. En la entrada del río se fortificaron y desde allí hicieron la guerra a los enemigos por espacio de dos años.

En 1566, en otro lance de la guerra, llegaron 180 canoas enemigas persiguiendo a cuatro canoas de indios amigos. Parecía que estaban perdidas, pero se incendió la pólvora que tenía una canoa enemiga e hizo tal estruendo que se espantaron los enemigos. Además, según narra el padre José, los tamojos dijeron después que habían visto a un caballero saltando de unas canoas a otras, que los hizo huir. Los portugueses creyeron que era San Sebastián a quien habían tomado por patrón en el conflicto con los tamojos ³.

El mismo día de San Sebastián, el gobernador echó a los enemigos de la ensenada y los persiguió hasta dentro de sus tierras y arrasó otros dos lugares en los que se habían fortificado los franceses. Escogió el lugar para una nueva ciudad, y la mandó fortificar con cuatro castillos y llamó a esta ciudad San Sebastián de Río de Janeiro en honor del rey Sebastián de Portugal.

Uno de sus fundadores fue precisamente el padre José de Anchieta. La ciudad sufrió durante muchos años varias oleadas de ataques franceses, que querían instalarse en la región y venían desde Francia, pero pudieron superarlos. Río de Janeiro llegó a ser durante muchos años la capital de todo el Brasil.

SAO PAULO

El padre José de Anchieta fue el fundador de un primer poblado indio, llamado Piratininga. Un día los indios enemigos asaltaron Piratininga, donde estaban los niños del colegio y algunos otros indios amigos con algunos vecinos portugueses. Como los atacantes eran muy numerosos, sintieron miedo, pero la mujer del capitán que, según la costumbre, acompañaba a su esposo a la guerra y era bautizada y buena cristiana, animó a los soldados, diciendo: “*¿Qué cobardía es esa? Peleamos de parte de Cristo y esos son gentiles, comedores de carne humana. Haced todos la señal de la cruz y, confiados en Dios, lanzaos al ataque*”. Después de hecha la señal de la cruz, todos cobraron ánimo y desarticularon a los enemigos, que huyeron en desbandada, dejando muchos muertos y heridos, mientras que de ellos solamente murieron dos ⁴.

En otra ocasión los indios enemigos se prepararon para asaltar Piratininga. Era en julio de 1562. Uno de los cristianos, viendo que eran miles los que iban a asaltar el poblado, que contaba con pocos portugueses y pocos indios, se adelantó para avisar a los padres. Estos prepararon la defensa y un indio principal, llamado

³ Rodríguez Pedro, o.c., p. 115.

⁴ Vasconcellos Simao, *Vida do veneravel padre Joseph de Anchieta*, Lisboa, 1672, p. 32.

Martín Alfonso, recorrió las aldeas donde vivía su gente y los hizo dejar sus granjas y casas para ir a la ciudad a defenderla, poniendo la confianza en Dios.

Un día, al amanecer, los enemigos, con gran alboroto de gritos, se lanzaron al ataque. Parecía que iba a ser el fin del mundo. Venían todos pintados y emplumados, jactanciosos de la victoria, dejando en la costa muchas mujeres con ollas en la que iban a cocer la carne de los cautivos. En ambos bandos había familiares, peleaban hermanos contra hermanos, tíos contra sobrinos y padres contra hijos. Al fin, cansados los atacantes de no poder entrar, se retiraron con mucha pérdida de muertos y heridos, sin que muriese ninguno del bando de los portugueses, a pesar de haber muchos heridos de flechas ⁵.

El padre José, con sus oraciones y la ayuda de los indios amigos cristianos, consiguió muchas victorias contra los enemigos. Y Piratininga pudo seguir creciendo y llegar a ser con el tiempo la gran ciudad de Sao Paulo, que durante muchos años fue la ciudad más importante de Brasil. Todos reconocen como su fundador al padre José de Anchieta.

EMBAJADOR DE PAZ

El año 1563, los padres Manuel de Nóbrega y José de Anchieta decidieron arriesgarse para tratar de hacer la paz entre los portugueses y los indios tamojos, que eran sus enemigos. De vez en cuando asaltaban las haciendas y poblados portugueses y se llevaban cautivos a hombres y mujeres con la idea de comérselos, haciendo una gran fiesta.

Los dos sacerdotes llegaron a sus tierras el 4 de mayo de ese año. Como eran ya conocidos, algunos los recibieron bien, pero otros no querían hacer la paz. Uno de los contrarios era Aimbiré, amigo de los franceses.

Era suegro de un francés y muy enemigo de los portugueses y tan cruel que, por un error que cometió una de sus 20 mujeres, la mandó abrir viva y torturarla hasta morir. Llegando a la aldea donde estaban los padres, planeó con los suyos matarlos, matar a los portugueses y apoderarse después del barco que los había traído. Al día siguiente, hubo una reunión de indios para tratar el asunto de la paz, él vino a la reunión con gran multitud de indios armados, mostrando bien su intención. En la reunión él puso como condición para la paz que le debían entregar tres indios principales de San Vicente para matarlos y comerlos, por haberse apartado de los suyos. Los sacerdotes dijeron que eso era imposible,

⁵ Ib. pp. 70-72.

porque esos tres principales eran cristianos, amigos de los portugueses, y debían ser tratados con lealtad,

Aimbiré, con su corazón duro, terminó diciendo: *Si no los queréis entregar, no habrá paz.* Y se fue de la reunión. Los padres, para ganar tiempo, dijeron que debían proponer a los de San Vicente que, en vez de los tres principales, pudieran ir de rehenes tres personas mayores en autoridad. Aceptó el indio soberbio esa condición y quiso ser él mismo el embajador. Los padres escribieron a San Vicente que no aceptaran esa proposición y que recibieran bien al indio enemigo embajador. Fue bien recibido y quedó contento.

Después de dos meses de estar entre los indios sin hacer todavía las paces, el padre Nóbrega decidió irse y que se quedase de rehén el padre José. La noche anterior, el padre José tuvo conocimiento sobrenatural de tres cosas. Que aquella noche los indios habían entrado en la fortaleza de San Vicente, habían matado al capitán y a su esposa, y se habían llevado cautivos a sus familiares. Que un indio amigo de Nóbrega, por causa de una carreta que le había pasado por encima, había muerto. Y tercera que pronto vendría un galeón de Portugal, cargado con muchas vituallas. Las tres cosas fueron verificadas y confirmadas como ciertas. El padre José estaba seguro que no lo matarían, porque la Virgen le había asegurado que pasaría muchas tribulaciones, pero que no lo matarían antes de que acabase los versos en los que cantaba su vida.

Mientras estuvo haciendo tratos para conseguir la paz, el padre José estaba de rehén de los indios, quienes a veces lo tenían amarrado con cuerdas, aunque también lo soltaban para que les hiciera favores, pues curó a muchos de ellos con el poder de Dios. Los indios, para mostrarle agradecimiento, le ofrecían sus mujeres como regalo. Tampoco faltaban amenazas de muerte, porque veían que las cosas no avanzaban y le decían que no esperaban más y se lo iban a comer. Él acudía en esos momentos al Señor. Un día, como él mismo afirma en la sexta Elegía de los versos en que cantaba la vida de la Virgen María, se le apareció personalmente la Virgen María y le dijo: *Tú serás siempre mi siervo.* Mientras estuvo preso memorizó los dos mil ochocientos dísticos, que iba formando en su cabeza en honor de María, para escribirlos después, al obtener la libertad.

Después de estar de rehén cuatro meses, se hizo la paz y en septiembre del año 1563 pudo ser libre. Muchos indios le habían tomado cariño, porque los curaba, les enseñaba la doctrina cristiana, los sanaba en sus enfermedades y les adivinaba cosas del futuro. Por eso lo consideraban un amigo de Dios.

Salió el 14 de septiembre en una pobre canoa. Iban con él algunos indios amigos y llegaron a descansar a la isla de los puercos. Allí había una canoa de indios de Río de Janeiro, que fueron la causa de todas las contiendas. Estos

quisieron de nuevo molestar al padre José y dijeron al jefe de sus acompañantes que en Río habían roto las paces, habían matado a uno de ellos y los portugueses los estaban persiguiendo. Pero su amigo no les creyó y siguieron adelante.

A continuación, navegando, se levantó una fuerte tempestad y los indios se dieron por perdidos. Por eso, él, que tenía seguridad de parte de la Virgen de que no había de morir antes de terminar de escribir su vida, animaba a los indios a sacar el agua de las canoas y no desistir porque se iban a salvar. Por fin, se aplacó la tormenta y llegaron a puerto el 21 de septiembre, todos contentos y en paz.

CARTAS INÉDITAS

Veamos ahora algunas cartas inéditas, escritas por el padre José de Anchieta, donde nos da detalles sobre la vida de los misioneros y anécdotas sobre la evangelización. Estas cartas están copiadas del Archivo de la Compañía de Jesús de Roma.

Una niña de cuatro o cinco años, con grave enfermedad, pedía con muchas lágrimas a su madre que la trajera al templo. La misma niña, delante del altar, gritaba en su propia lengua: “Padre, cúrame”. Su padre le preguntó si quería que llamase al hechicero para aplicarle algún remedio y, llorando, se echó al suelo y dijo que no, que con el auxilio de Dios, se sanaría. Y nuestro Señor la oyó, porque nuestros hermanos le aplicaron cierto remedio y se sanó.

Esta parte de Brasil está poblada de indios que acostumbran comer carne humana. La comen con tanto placer y dulzura que, a veces, caminan más de 300 millas para hacer la guerra, toman cuatro o cinco prisioneros y los traen para comérselos con gran fiesta, con canciones y abundancia de vino hecho de raíces. Andan desnudos y viven en casas hechas de madera y barro, cubiertas de paja o cortezas de árboles. No obedecen a nadie; y cada uno es rey en su casa y vive como quiere. Piratininga 1554, el mínimo de la Sociedad de Jesús.

En este tiempo que estuve en Piratininga, serví de médico y barbero, curando y haciendo sangrías a muchos indios... También hago alpargatas, en lo que soy un maestro y he hecho muchas a los hermanos, porque no se puede andar aquí con zapatos de cuero por estos montes. Piratininga 1554. Carta a los enfermos de Coímbra.

Estos indios de aquí nos dan a sus hijos para que los adoctrinemos. Por la mañana, después de la lección, cantan alabanzas en la iglesia y por la tarde la Salve, aprenden oraciones en portugués y en su propia lengua. Y por gracia de Dios vienen muchos, tanto hombres como mujeres, los domingos a misa y los que son catecúmenos salen de la iglesia después del ofertorio. Importunan mucho para recibir el bautismo. Muchos bebés han pasado bautizados de este mundo al cielo. De ellos esperamos que recen por nosotros y por sus padres a nuestro Señor. Un indio principal vino de más de cien leguas para convertirse a nuestra fe y murió con señales de buen cristiano después de recibir el bautismo. Él decía que un hijo suyo, fallecido después de bautizarlo, le había dicho muchas veces desde el cielo que dejase los horrores del paganismo. Y lo había traído hasta aquí.

Estos indios tienen muchas guerras entre sí. Un día, antes de una batalla, hicieron una cabaña, según su costumbre, donde pusieron una calabaza a modo de rostro humano y la adornaron con plumas. Los hechiceros le hacían sacrificios y le preguntaron sobre la guerra. Como llamasen a nuestros catecúmenos, ellos dijeron que eso era malo y que esperaban la victoria de solo Dios. Al día siguiente apareció gran multitud de enemigos y tuvieron miedo. Una mujer bautizada que estaba con su esposo, los animó para que se hiciesen la señal de la cruz en la frente y los enemigos fueron vencidos. A los enemigos que mataron, nuestros catecúmenos no los comieron, sino que los enterraron; pero los indios paganos de sus propias tribus fueron a desenterrarlos y se los comieron...

El hermano Pedro Correa sabe muy bien la lengua de los indios y tiene mucha autoridad entre ellos, porque pasó mucho tiempo con ellos antes de ser jesuita. En una oportunidad fue a visitar a los indios ibirajaras. Estos indios no tienen más que una mujer y no comen carne humana, ni tienen hechiceros. Se diferencian mucho de otros indios. Para entrar en comunicación con ellos debió pasar por lugares de otros indios que lo recibieron bien y le entregaron a un indio cristiano, que preparaban para comérselo. Soltaron también a un castellano, que tenían prisionero y herido. Con él dejó un hermano nuestro para que lo curara. Después de curar al castellano, el hermano mismo se enfermó.

Pero sucedió que los indios de ese poblado mataron a un contrario y lo cocieron para comérselo. Este hermano, al ver carne humana puesta al fuego, tomó un pedazo de esa carne para hacerles entender que eso no se hacía. Pero esos indios le tomaron odio al hermano.

El hermano Correa y el hermano Juan Sousa fueron caminando a su destino, pero los indios pensaron que iban como espías de sus enemigos. Los

siguieron 10 ó 12 indios y fuera de la población mataron a flechazos al hermano Sousa. Viendo eso el hermano Pedro Correa, les habló a ver si los convencía, pero también a él lo mataron. Era el 6 de octubre de 1554. Piratininga 1555. A los hermanos de la Compañía de Jesús en Portugal.

En las doctrinas (parroquias) de los indios, estos son llamados a la iglesia al toque de campana. Acuden las mujeres de aquí y de allí y rezan las oraciones en su idioma, recibiendo al mismo tiempo exhortaciones y se les instruye en el conocimiento de la fe. Algunas están de tal manera dedicadas (a las cosas de Dios) que no pasa un solo día sin que vayan dos veces a la iglesia, de la que no se van. Algunas se confiesan todos los años dos o tres veces; y otras, tantas cuantas se acercan a comulgar...

Los hombres también asisten los domingos a la celebración de la misa y después del ofertorio se les explica alguna cosa sobre la fe y la observancia de los mandamientos. Todos los días vamos a sus casas, exhortando a unos o a otros a aceptar la fe, tratando con ellos con familiaridad. Ven que tratamos sus enfermedades con diligencia, sin ninguna esperanza de lucro. Y lo hacemos así con la intención de prepararlos para recibir el bautismo. También procuramos asistir a las parturientas para bautizar a la madre y al hijo en caso de necesidad.

Un jovencito tenía tan ardiente deseo de abrazar la fe cristiana que, abandonando a sus parientes, se juntó con nosotros para aprender las primeras cosas. Se esforzaba por aprender las oraciones y muchas veces, en las noches frías, dejando la casa de sus familiares, dormía debajo de una especie de pórtico, pidiendo que se le diese el bautismo; al cual fue admitido en seguida como catecúmeno y después bautizado.

Los niños se reúnen dos veces en la escuela, principalmente por la mañana, porque, después de mediodía, cada uno debe proveer a su subsistencia, cazando o pescando, porque si no trabajan, no comen.

El principal trabajo con ellos es enseñarles los rudimentos de la fe, sin omitir el conocimiento de las letras. Muchos se confiesan con frecuencia, lo que nos da mucha alegría, porque se confiesan tan santa y discretamente que no omiten hasta las pequeñas cosas. Uno de ellos me dijo: “Es tan grande la virtud de la confesión que, después de hacerla, parece que queremos volar al cielo a toda velocidad”... Con todo ello, tememos que, al llegar a la edad adulta, condescendiendo con la voluntad de sus padres y el tumulto de la guerra, vuelvan a sus antiguas costumbres. Piratininga. José, el ínfimo de la Compañía de Jesús, año 1556.

Algunos niños pasan de esta vida al cielo repitiendo constantemente el nombre de Jesús. Uno de doce años, después de larga enfermedad, en su última hora, pidió confesión y a los tres días murió, repitiendo el nombre de Jesús. Decía: “Señor Jesús, eres Señor de la vida, ayúdame”. Otro de diez o doce años, llegando al último momento, decía: “Ya tengo muy buenas y hermosas vestiduras”. Piratininga. A fin de diciembre de 1556.

Andamos visitando poblados de indios y de portugueses con tiempo bueno y con lluvias, con inundaciones de ríos y, muchas veces, pasando las noches en bosques oscuros, por caminos ásperos, estando los poblados lejos unos de otros. Y, aunque fuéramos más, no podríamos atender a todos. A veces estamos cansados y apenas podemos ir por los caminos. Parece que tenemos nosotros más ayuda de médico que los propios enfermos que vamos a visitar. Pero nada es difícil, cuando tenemos como meta la gloria de Dios y la salvación de las almas, por las que no dudamos en dar la vida. Muchas veces nos levantamos por la noche para ir a los enfermos o a los que mueren o para atender a mujeres en parto, sobre las que ponemos las reliquias de los santos. Entre estas cosas acontece bautizar a los bebés, porque estas mujeres fácilmente matan a sus bebés por cólera a sus esposos o bebiendo algunos brebajes para ello o tomando cargas pesadas o de otros modos que inventa la maldad humana...

A todos les damos rosarios para que, rezando avemarías, tengan amor y devoción a la Virgen... Los hermanos religiosos hacen de todo: vestidos, zapatos, alpargatas con hilo de cáñamo. A veces hay que curar enfermos, hacerles sangrías, hacer casas y cosas de barro, de modo que en nuestras casas la ociosidad no tiene lugar.

Se ven, especialmente en las mujeres, tanto libres como esclavas, señales claras de virtud, principalmente en huir y detestar la lujuria, que en estas gentes tiene su tiranía más cruel. Sufren las esclavas que sus señoras las traten a bofetadas, puñetazos y azotes por no consentir su pecado. Otros, despreciándolas, se las dan a jóvenes deshonestos; a otras las quieren someter a la fuerza y ellas se defienden con manos y dientes, haciendo huir a los que quieren forzarlas. A una que le preguntaron de quién era esclava, respondió: “De Dios, Dios es mi Señor, a quien debes hablar si quieres algo de mí”. También, cuando van a trabajar, alguna es seguida de un mozo desvergonzado y, cuando las quiere forzar, todas van en su ayuda...

En cuanto a los indios de la selva, muchas veces estamos en guerra con ellos y padecemos continuamente sus amenazas. Hace pocos días mataron a algunos portugueses que venían de Paraguay. También destruyen las cosechas y se llevan muchos cautivos. El año pasado se llevaron cautivas varias mujeres y las embarcaron en sus canoas. Una de ellas era mestiza, frecuentaba la doctrina y se confesaba. Resistió a los enemigos para que no se la llevaran y, como no lo pudieron conseguir, la mataron con muchas heridas. Días antes había dicho que, si querían llevársela, no había de permitir que se la llevaran viva para tenerla de manceba y que se haría matar antes que vivir así. Colegio de San Vicente, 1 de junio de 1560.

Había un anciano de más de cien años, que vivía a dos leguas de Piratininga. Los padres le pidieron que fuera a vivir a Piratininga para aprender las cosas de Dios. Y se vino a vivir aquí, aunque ciertos días iba con su gente a buscar de comer a otro lugar, donde tenía sus tierras. Cuando debía ir, primero andaba a las iglesias y, de rodillas, le decía en su lengua: “Señor, voy a buscar de comer y tardaré unos días, cuidame para que no me pase nada malo”. Hablaba al Señor con toda sencillez, como se habla con cualquier persona. Y cuando regresaba de su viaje, lo primero que hacía era ir a la iglesia a darle las gracias por su regreso. Cada día oía misa y encomendaba a sus hijos y nietos, que tenía muchos, que fueren buenos. Tenía un cayado con una cruz que nosotros le dimos y, cuando iba de viaje, este cayado con su cruz era su arco y sus flechas. Decía que Dios lo cuidaba de todo mal y le daba larga vida. Todo lo atribuía al Señor y su deseo era irse (al cielo) para estar con el Padre, que así llamaba a Dios.

Cuando le vino su última enfermedad, la recibió como de la mano del Señor. Repitió el santísimo nombre de Jesús hasta que ya no pudo hablar y se fue con él al cielo. A sus hijos les dejó como testamento que nunca se apartasen de la Iglesia. Uno de sus hijos, que desde pequeño había sido educado por los religiosos, se enfermó y, después de haberse confesado muchas veces, nos encomendó a su esposa e hijos para que viviesen y muriesen en Piratininga junto a la iglesia. Pidió la extremaunción y, cuando acabó de recibirla, pidió que lo encomendasen a Dios. A las dos horas entregó su alma a Dios. Carta al padre general Diego Laínez del 12 de junio de 1561.

El día octavo de la Visitación de la Virgen María, el 10 de julio de 1563, vinieron de mañana contra Piratininga muchos indios enemigos. Entre los que nos ayudaban a defendernos había primos, hermanos y familiares de los

atacantes, incluso dos hijos cristianos estaban ahí contra su padre, que vino a asaltarnos. Las mujeres de los portugueses y los niños, así como de los mismos indios, se refugiaron en nuestra casa e iglesia por ser más segura y fuerte. Allí estaban algunas mestizas, que habían pasado toda la noche en oración con velas encendidas ante el altar y dejaron las paredes de iglesia teñidas de sangre por las disciplinas que se daban.

Nos tuvieron cercados dos días, hiriendo a muchos de nuestros indios y, a pesar de que algunas heridas eran peligrosas, ninguno murió. Pero entre los enemigos dos estaban muy heridos y otros muertos; entre ellos había uno que se había preparado para el bautismo y era capitán de los malos. Él, sabiendo que las mujeres estaban en nuestra casa y que allí había más cosas para robar, llevó hacia allí el combate, pero una flecha lo mató. Al segundo día, viendo que tenían muchos heridos, perdida le esperanza de poder entrar, se dedicaron a matar las vacas de los cristianos y destruyeron gran parte de los sembrados y frutos del campo. Por la tarde huyeron a toda prisa, de modo que no esperaba el padre a su hijo ni el hermano a su hermano.

Después de eso, nos asaltaban por los caminos, pero el Señor nos ayudó y ellos llevaron siempre la peor parte. Y como habían tomado por esclavos a algunos de los nuestros, que estaban en sus tierras, se juntaron algunos de nuestros cristianos y catecúmenos con tres portugueses y entraron en territorio enemigo unas veinte leguas y pudieron rescatar a 40 personas entre hombres, mujeres y niños, la mayor parte de ellos cristianos... Entre otros bienes que sacamos de esta guerra, uno fue que se bautizaron algunos esclavos de los portugueses que habían venido a ayudarnos. Algunos enfermaron gravemente y acudimos a curarlos. Vimos que algunos tenían nombre de cristianos, pero no lo eran por descuido de sus señores. Otros nunca se habían confesado. También de los indios enemigos algunos vinieron pidiendo el bautismo. Carta al padre general Diego Laínez del 16 de abril de 1563.

Muchas veces los indios entierran a sus hijos, si son mestizos o por alguna otra razón. Un día vi esto y fui corriendo a coger un paño mojado en agua. Desenterré al niño y estaba vivo. Ninguna mujer quería ayudarme a limpiarlo, pero cuando quise cortar el cordón umbilical, como no sabía, una anciana lo hizo y otra señora lo envolvió al niño en unos paños y se lo dio a una de ellas para que le diese de mamar. Así vivió un mes, y por falta de darle de mamar, murió.

Otra vez estuve presente a un parto. Todos decían que la niña estaba muerta, pero sintiendo yo que tenía algunas señales de vida, la bauticé. Poco a

poco comenzó a respirar y a vivir, y todavía estaba viva, cuando la vi en otra oportunidad. Carta al general Diego Laínez de enero de 1565.

Los indios me tienen respeto por considerarme un buen cirujano y, cuando tienen enfermos, me llaman para curarlos. Una vez hubo epidemia de viruelas, se cubría el cuerpo de los enfermos de pies a cabeza de una especie de lepra y en tres o cuatro días se morían. En pocos días murieron muchos, la mayor parte eran niños pequeños. Cada día, morían tres o cuatro y, a veces, más. Los adultos morían repitiendo el nombre de Jesús y todos murieron bautizados.

Yo siempre acudo, cuando me llaman para hacer sangrías; a veces, 10 ó 12 al día. Esta es la mejor medicina para esa enfermedad y hay que ir de casa en casa; porque, si no se pregunta, no dicen que tienen enfermos. En ocasiones, no sólo hay que darles medicinas, sino hasta darles comida, porque son muy pobres. Incluso los portugueses parece que no pueden vivir sin nosotros, porque en sus enfermedades y en las de sus esclavos, nos buscan como médicos, boticarios y enfermeros. Nuestra casa es la botica de todos. Continuamente hay gente pidiendo alguna cosa. Carta al general Diego Laínez del 8 enero de 1565.

Existen en la provincia de Brasil tres colegios y cinco residencias de la Compañía de Jesús, que se sostienen con limosnas. Hay en ellas 142 compañeros, de los cuales 70 son sacerdotes y 36 estudiantes. En el Colegio de Bahía hay 62, de los cuales 31 son sacerdotes, 4 profesos y 8 maestros... En este colegio de Bahía hubo 5.742 confesiones este año. No hay que olvidar que por medio de las confesiones se restituyen muchos bienes robados, se reconcilian enemigos y se consiguen limosnas para dar a las mujeres cuya honra y virtud corre peligro por falta de sustento.

Una mujer llena de odio, al oír hablar del juicio de Dios, se arrepintió y se reconcilió con su enemigo. También se consiguió que dos hombres no se suicidasen.

El método que se usa es enseñar y explicar la doctrina cristiana a los indios y africanos, reunidos en un lugar, y después bautizarlos, confesarlos y casarlos.

Este año se bautizaron en Bahía 1.359, hubo 459 matrimonios y muchísimos se acercaron a comulgar, después de exponerles la santidad de este agosto y santo misterio...

Una india estaba muriéndose y no había esperanzas de salvarla. Pidió el bautismo; la bautizamos e inmediatamente recuperó la salud. Un indio recibió en el brazo una gran herida, de la que salía mucha sangre y no había modo de detenerla. Parecían inútiles todos los auxilios humanos. Se confesó, comulgó y repentinamente se detuvo la sangre y revivió. Por medio de estos beneficios u otros semejantes acostumbra el Señor omnipotente irrigar estas mieses nuevas para que de día en día aumente la fe. Bahía 28 de diciembre de 1584, José de Anchieta.

INFORMACIÓN SOBRE BRASIL

El padre José de Anchieta escribió una información sobre la llamada provincia del Brasil el año 1585, dirigida a sus Superiores. En ella escribe: Esta provincia del Brasil fue descubierta el año 1500 por Pedro Álvarez Cabral, que llamó a esta tierra, provincia de Santa Cruz. El primero de febrero de 1549 llegaron los primeros cuatro jesuitas. Al año siguiente llegaron otros cuatro padres. En 1553 vinieron otros seis. Después llegaron otros padres y hermanos, llegando hasta 70, entre ellos vinieron buenos teólogos, predicadores, filósofos y latinistas. Eran de diversas naciones: italianos, españoles, portugueses y hasta ingleses, flamencos e irlandeses. En todas las capitanías hay actualmente casas de misericordia, que sirven de hospitales.

También tenemos ocho casas: En Pernambuco, colegio; en Bahía, escuela, colegio y noviciado; en Ilheus, casa; en Puerto Seguro, casa; en Espíritu Santo, casa; en Río de Janeiro, colegio; en San Vicente, casa; en Piratininga, casa. Viven en ellas 140 religiosos jesuitas, de los que 68 son sacerdotes, 37 estudiantes y 35 hermanos coadjutores.

Los padres tienen que superar muchos peligros como serpientes, de las que hay mucha cantidad en esta tierra, peligro de jaguares, peligro de indios enemigos, tormentas en el mar con naufragios, pasar ríos caudalosos, mucho calor o mucho frío (sobre todo en la capitanía de San Vicente) y lluvias torrenciales. Estos peligros los enfrentan por ir a confesar o bautizar; y caminan seis o siete leguas a pie, a veces sin comer. Esto sin contar las enfermedades como fiebres, hemorragias, etc., y así se gasta la vida de estos misioneros.

En ocasiones, tienen que acompañar a los gobernadores en las guerras justas, donde deben ayudar a bien morir a los soldados, tanto portugueses como indio o esclavos.

Los religiosos de la Compañía de Jesús desde su llegada fundaron colegios para enseñar el portugués, a leer, escribir, contar, cantar, la doctrina cristiana y otras artes útiles para la vida a los hijos de los indios y de los portugueses. Y todo lo aprenden muy bien.

Los indios ordinariamente van desnudos y acostumbran a comer carne humana, sobre todo los indios de la costa. Algunos tienen varias mujeres, en especial los indios principales. Son muy dados al vino, que hacen de raíces de mandioca. Mucho les creen a los hechiceros, a quienes consideran como que pueden hacer vivir o morir, sanar o matar o hacer crecer sin trabajar los sembrados de los campos, etc. Y los respetan y obedecen porque les tienen miedo.

En esta tierra hay abundancia de ganados como bueyes, puercos, gallinas, patos, carneros y cabras. Tampoco faltan jabalíes o cerdos salvajes, faisanes, avestruces, garzas, perdices, etc. En cuanto a la gente, solamente en Bahía había más de 40.000 cristianos y ahora hay unos 10.000, porque ha habido muchos muertos de diferentes enfermedades y han huido tierra adentro por algunos agravios recibidos. En todo el Brasil habrán sido bautizadas desde que vinieron nuestros padres unas 100.000 personas y de esas habrá 20.000. Viven los indios en aldeas a nuestro cargo, en casas muy grandes, con un indio principal a quien obedecen en algunas cosas. En estas casas comunes hay cien y doscientas personas entre hombres, mujeres y niños. Cuando van por los caminos, la mujer va delante del esposo y caminan con prisa. Cuando comulgan, lo hacen con mucha devoción y, si alguno les dice que tienen que vengarse, le responden: "Soy de comunión y no puedo hacer eso". Muchos oyen misa diaria sin hablar, con modestia y devoción, de rodillas o de pie, con las manos extendidas hacia el cielo.

CARTA DEL REY

El rey Sebastián de Portugal le escribió a Mem de Sá, gobernador de Brasil, en 1563 ó 1564: *Yo, el rey, te saludo. El principal y primer deseo que tengo en todas las partes de mi conquista es el aumento y conservación de nuestra santa fe católica y conversión de los gentiles, y os encomiendo mucho que de esto tengáis muy especial cuidado, como de cosa a Vos principalmente encomendada...*

Estoy informado que en esos lugares se hacen cautivos injustamente y después buscan los rescates... Os encomiendo que con el obispo, el provincial de la Compañía, el padre Ignacio de Azevedo, el padre Manuel de Nóbrega y el oidor general, consultéis este caso y el modo de cómo se pueden atajar estos cautiverios y rescates...

Mucho os encomiendo que a los nuevamente convertidos los favorezcáis y conservéis en sus buenos propósitos y no consintáis que les hagan ofensas ni sean sacados de sus tierras, para que se animen a recibir el sacramento del bautismo y se vea que se pretende más su salvación que su hacienda.

En esta carta se ve claramente la preocupación real por la salvación de las almas de sus súbditos brasileños y de que no los agravien injustamente. En esto trabajaron mucho los misioneros, que defendieron los intereses de los indígenas. El padre Anchieta puso a su disposición los carismas o dones sobrenaturales que Dios le regaló para servirlos mejor.

CAPÍTULO SEGUNDO DONES SOBRENATURALES

CARISMAS

a) PROFECÍA

Es el conocimiento sobrenatural de cosas futuras. Veamos algunos casos. El padre Gonzalo de Oliveira certificó que, *viajando por mar con el padre José Francisco Díaz, con Juan Fernández y otros religiosos, tomaron puerto en el Casal de Reritiba y, habiendo llegado una canoa de indios con un indio importante muy enfermo, el padre José, que estaba mal de salud, le pidió a este testigo que fuera a ayudar al enfermo y a bautizarlo, porque ese mismo día iba a poblar el cielo. Este testigo bautizó al indio, quien ese mismo día murió como buen cristiano, con señales de haber ido al paraíso* ⁶.

Antonio Pacheco declaró que, *yendo el padre José de viaje, encontró en el camino a dos hombres que se habían detenido para pasar la noche, y, viniendo una gran tempestad, el padre José los invitó a aquellos dos hombres a venir a su cabaña para estar todos unidos. También les invitó a confesarse, lo que hicieron, pero uno de ellos se calló un pecado. El padre le dijo que lo confesase sin miedo y así lo hizo. A la mañana siguiente, el padre José les dijo que fueran a ver su*

⁶ Sum p. 21.

cabaña y encontraron que un gran árbol había caído sobre ella y la había destruido, de modo que, si hubiesen pasado allí toda la noche, habrían muerto. Y esto lo tuvieron por milagro ⁷.

María Castaña afirmó que, estando muy grave y en peligro de muerte en el poblado de “Todos los Santos” de esta prefectura de San Vicente, estaba su esposo, Antonio de Provenza, con deseo de embarcarse y hacer un viaje en barco, pero prefirió quedarse por la gravedad de su esposa. Queriendo sacar del barco la ropa y otras cosas que había preparado, el padre José le dijo que se embarcase, porque a su regreso encontraría a su esposa sana. Y así sucedió ⁸.

También declaró que su esposo debía partir para Cabofrío, pero dudaba por el peligro de los indios enemigos, que eran muchos. El padre José le dio un relicario de marfil, diciéndole que no tuviese miedo mientras lo llevase al cuello, y que, si había tempestad en el mar, lo metiese al agua y cesaría la tempestad, lo que así sucedió ⁹.

Igualmente manifestó que una hermana de Juan de Ledesma, yerno de esta testigo, solía enviar al padre José cada día un plato de fruta y que un día el padre le dijo que no se lo enviase más, porque regresaría su esposo, que hacía siete años que estaba ausente, y vendría con la ropa puesta. Así fue, porque el día anunciado por el padre volvió su esposo, no llevando más que la ropa que llevaba encima ¹⁰.

Manuel Gómez declara: Cuando yo tenía 23 años, quiso el capitán Jerónimo Leytao, presidente de la prefectura, hacer la guerra a los indios tamojos, enemigos de los portugueses, y teniendo ya la gente reunida antes de embarcarse, el capitán tenía dudas sobre el éxito de la empresa. El padre José le dijo: “Vaya con confianza, porque saldrá vencedor y sólo morirán dos de los suyos”. Animado el capitán, fue y venció, muriendo solamente dos, como lo había predicho el padre José ¹¹.

Miguel Ayres Maldonado refiere que, debiendo ir de viaje a Pernambuco, el padre José le dijo que no le convenía. El testigo le dijo que debía ir sin falta. Entonces el padre le indicó que, cuando fuera a Bahía, fuese a pedir ayuda a los padres de la Compañía. El testigo le respondió que no necesitaba ir a Bahía, pero el padre le replicó que no sabía lo que sucedería. En su viaje por mar, fue hecho preso por los franceses y despojado de todo. Lo dejaron en las costas de

⁷ Sum p. 220.

⁸ Sum p. 208.

⁹ Sum pp. 208-209.

¹⁰ Sum p. 209.

¹¹ Sum pp. 222-223.

Bahía y fue a pedir ayuda a la Compañía y encontró un padre inglés, quien le dijo que se alegraba de verlo, porque el padre José había escrito una carta para que lo ayudasen en todo ¹².

Baltasar González declaró que, *caminando con el padre José hacia el mar, se encontró con un indio pagano y le dijo a su compañero: “Hermano, bauticemos a este indio, porque va a durar poco”. El indio estaba sano, pero lo catequizaron con su beneplácito, lo bautizaron y murió a las dos semanas* ¹³.

También refiere que, *estando Fructuosa da Costa en su casa, el padre José le mandó aviso para que esa noche no durmiese allí. No le hizo caso y esa noche vinieron los indios enemigos y la mataron a estocadas* ¹⁴.

Mateo Luis Grore certificó: *Cuando yo tenía unos 15 años, el padre José vino siendo provincial y fue con este testigo a casa de Clemente Álvarez y allí le oyó decir al padre que se fuera de esa casa a otra, porque dentro de seis meses sucedería una desgracia y tendría muchas pérdidas. No le hizo caso y a los seis meses la casa se quemó con todos los que estaban en ella. Este testigo oyó la profecía del padre y después vio la casa quemada* ¹⁵.

Juan Suárez declaró que, *yendo de viaje con el padre José, al despedirse, le dijo a este testigo: “Hijo, quédate en buena hora, todavía nos hemos de ver, pero no nos hablaremos”. El padre José murió en el castillo de Reritiba y tardaron tres días en llevarlo al puerto del Espíritu Santo. Este testigo lo vio en el ataúd, del que salía un olor muy suave y entonces recordó sus palabras, que habían de verse, pero no hablarse* ¹⁶.

Margarita de Costa refiere que, *cuando era jovencita, fue hecha esclava de los indios enemigos, que la llevaron presa para matarla y comérsela. Su hermano Gaspar de Magalhaens fue a ver al padre José para que le proporcionase indios amigos e ir en busca de los enemigos. El padre se los dio, diciéndole que fuese, que los encontraría y los haría esclavos; y que, al regresar a casa, encontraría a su hermana en la ventana. Y así sucedió. Ella había sido llevada, amarrada con cuerdas, y la habían atado al pie de un árbol y no se sabe, si estando durmiendo o cómo, oyó una voz que le dijo que no tuviera miedo a la muerte, porque por las oraciones sería librada de sus enemigos. Y le fue mostrado el padre José que estaba en oración en una habitación sin techo. Al amanecer continuaron el camino los enemigos y, en cierto lugar de la selva, vino*

¹² Sum p. 223.

¹³ Sum p. 225.

¹⁴ Ibidem.

¹⁵ Sum p. 226.

¹⁶ Sum p. 234-235.

una densa nube y ella se escapó. Ellos la persiguieron, pero no la pudieron encontrar, porque entró en un río y no vieron sus huellas ya que una multitud de pájaros enturbiaron el agua y no la pudieron ver. Los enemigos se fueron y se presentó un animal y la guió gran parte del camino y, cuando desapareció, la guió una paloma hasta su casa. Ella todo lo atribuye a las oraciones del padre José¹⁷.

El padre Pedro Leytao certifica que, yendo de camino el padre José con otros padres jesuitas, se enfermó el padre Ignacio Tolosa en el lugar de Cabofríe y los sacerdotes hablaron de dónde sepultarlo, si en ese lugar o si lo llevaban a Río de Janeiro. El padre José se puso en oración y le dijo a este testigo que el padre no moriría, pero no lo dijera a nadie. Y así sucedió, pues el padre Ignacio sanó y vivió después muchos años¹⁸.

En una aldea había un indio, de nombre José, que se enfermó gravemente. Todos lo daban ya por muerto Acudió un sacerdote de la Compañía y vio que apenas tenía un poco de vida. Le dio la extremaunción y avisó con un mensajero al padre José de Anchieta, que encomendase a un hombre que estaba agonizando. El padre José le contestó que ya lo había hecho y que no moriría el enfermo de esa enfermedad. Y fue cierto, pues vivió muchos años y el año 1605, en que se hacían las Informaciones del Proceso del padre José, todavía estaba vivo¹⁹.

Un día el padre José mandó al portero de la Casa que subiese a la torre y tocase la campana a las armas. La gente no entendía por qué tocaban y el padre les manifestó que, al día siguiente, los corsarios entrarían al puerto y debían estar preparados. Al día siguiente llegaron los corsarios, pero, viendo que los estaban esperando, se retiraron²⁰.

Se edificaba un fuerte cerca del lugar de “Todos los Santos”. Pasó por allí el padre José y exhortó a los vecinos a trabajar con entusiasmo, porque pronto unos corsarios ingleses vendrían a robar. Al poco tiempo, llegaron los corsarios e hicieron algún daño, pero se juntaron los portugueses con los indios y los hicieron salir aprisa, despojados algunos de sus armas y otros de sus vidas²¹.

Jerónimo Velloso oyó decir a su madre que su padre, Manuel Velloso, quería ir de viaje a tierra firme y, pensando que el padre José se lo podía

¹⁷ Sum pp. 197-198.

¹⁸ Sum p. 202.

¹⁹ Rodríguez Pedro, o.c., p. 189.

²⁰ Ib. pp. 199-200.

²¹ Ib. p. 217.

impedir, se lo ocultó, pero el padre lo supo por revelación y fue a decirle que no viajara, porque no le pasaría nada bueno. Su padre no hizo caso y se fue en un barquito con otros compañeros. Y mientras dormía, comenzó a dar gritos, diciendo que los demonios lo agarraban y lo querían echar en una caldera de fuego. No quiso seguir en la barca y desembarcó, dejando a sus compañeros cuanta ropa llevaba. De sus compañeros nunca se supo nada ni tampoco de la barca. Y su padre quedó muy agradecido al padre José por haberle librado del peligro ²².

Melchor Ferreira por su parte nos dice que el padre José amonestó un día a un hombre, llamado Baltasar Fernández, que convivía con una mujer casada y le recordó que había estado enfermo y sólo se le podían ver los ojos y los dientes de tan hinchado que estaba. El hombre no hizo caso y el padre le anunció: “Dentro de cinco días serás asesinado”. Y así sucedió, porque a los cinco días lo mataron junto a la mujer ²³.

Pablo de la Cruz atestigua: Simón Luigi, ahora fraile benedictino, me contó que los indios tamojos se habían llevado a su madre en un asalto a la ciudad y, queriendo su padre, Antonio Luigi, ir con dinero a rescatarla, habló con el padre José y éste le dijo que no fuese, porque muy pronto tendría noticias de ella... A los pocos días vino la noticia de que la habían matado los indios ²⁴.

En una oportunidad los indios tamojos rompieron la tregua de paz y trajeron de San Vicente a algunos portugueses cautivos. El padre José trató con ellos de pagar el rescate. Los indios vieron que tardaba en darles lo acordado y pensaron seriamente en comérselos. Entonces el padre José les pidió de tregua un solo día más, diciéndoles que, al día siguiente, vendrían los que pagarían el rescate. Y así sucedió, pues al otro día llegaron a rescatarlos, pagando lo estipulado. Por fin se hizo la paz y pudo el padre José volver a San Vicente.

b) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

Es el conocimiento de muchas cosas de modo sobrenatural, incluso los pecados de los penitentes

María Álvarez manifestó que su cuñado Blas González le dijo: “Este padre es santo, me ha adivinado mis pecados”. Y cuando Baltasar González compareció una vez ante el padre, él lo reprendió: “Hombre malo, mira el

²² Sum pp. 188-189.

²³ Sum p. 198.

²⁴ Sum p. 187.

*estado en que te encuentras”. Y él, confundido, le dijo a esta testigo: “Este padre es santo, porque me adivinó lo que tenía en el corazón”*²⁵.

*Sor Cándida de Santo Domingo declaró que había oído decir que su hermana, confesándose con el padre y no diciéndole que comía tierra, pensando que no fuese pecado, el padre le dijo que se confesase de comer tierra, que eso era un gran pecado. Su hermana se confesó, maravillada de que el padre hubiera sabido*²⁶.

*Juan Suárez refiere que en el pueblo de San Vicente había un hombre muy enfermo de mucho tiempo. Muchos se admiraban de que no se moría. Fue el padre José a visitarlo y le dijo que se confesase bien y con verdad, porque estaba en pecado mortal. Se confesó de que desde hacía muchos años se había casado en Brasil, teniendo su esposa en Portugal, ocultando siempre este pecado y recibiendo los sacramentos. Murió a los pocos días y, antes de morir, manifestó públicamente su pecado y cómo se lo había adivinado el padre*²⁷.

*Juan de Sousa certificó que había en el poblado de Nuestra Señora de la Concepción, en la prefectura de San Vicente, un hombre de España, casado, con hijos y nietos, que estaba muy enfermo y llevaba tres días que no comía, ni bebía, ni podía hablar. Llegó el padre José y le dijo: “La misericordia de Dios es grande. Tú tienes una esposa en Zafra, en los reinos de España, y hasta ahora lo negaste. Por eso, no puedes morir aún. Haz una buena confesión y Dios te dará su gracia. Y confesando esta verdad, expiró y esto se hizo público. Yo lo sé por mi suegro Manuel de Luz*²⁸.

*El año 1578 llegó el padre José a la ensenada de Río de Janeiro. La gente vio que el padre estaba triste y le preguntaron el porqué. Él evadía las preguntas y sólo dijo: “Hoy en el mundo se aparejan grandes calamidades”. Alguien anotó le fecha: cuatro de agosto de 1578. Y después de un tiempo se supo que ese día en África el ejército portugués había sido derrotado y había muerto el rey don Sebastián*²⁹.

El año 1581, Diego Flores fue enviado desde Portugal con algunas naves para asegurar el estrecho de Magallanes y, pasando por las costas de Brasil, echó anclas a una legua del puerto. La gente creyó que eran naves enemigas y se preparó para la defensa, pero el padre José les dijo que eran naves amigas y aseguró que en ellas venía un carpintero, que entraría en la Compañía y serviría

²⁵ Sum p. 31.

²⁶ Sum p. 186.

²⁷ Sum pp. 186-187,

²⁸ Sum p. 187.

²⁹ Rodríguez Pedro, o.c., pp. 294-295.

a Dios. Este carpintero se llamaba Francisco Escalante, que, después de desembarcar, fue a hablar al padre José, como Superior de la Compañía. Fue aceptado y le profetizó que perseveraría en ella hasta su muerte. Y vive hoy en ella con aprovechamiento de su espíritu y aprobación de todos ³⁰.

Un día estaba el padre José en la escuela que tiene la Compañía en Piratininga, acompañado del padre Vicente Rodríguez. Mandó a un muchacho que fuese a la huerta y cogiese seis limas para premiar en alguna competencia a los muchachos vencedores. Obedeció el jovencito, pero cogió otras seis y las escondió para cogerlas después de la clase y le trajo al padre las seis que había mandado. El padre José mandó a otro muchacho que trajese las seis limas escondidas y se las dio al rapaz que las había escondido, diciéndole que no se acostumbrara a robar. El jovencito comenzó a llorar, arrepentido ³¹.

Pablo de la Cruz certificó que el padre José dijo un día a su compañero: “Hoy nuestra gente de San Vicente está perturbada, porque la asaltaron los indios y se han llevado tres mujeres y han matado a seis hombres”, diciendo que pronto tendremos noticias, lo cual fue cierto, porque llegó la nueva de que en San Vicente se habían llevado tres mujeres, de las cuales mataron a dos y a seis hombres. Y eso no podía saberlo naturalmente ³².

Mateo Luis Grore certifica: Un hombre, llamado Domingo Díaz pasó por la puerta del convento de la Compañía del poblado de “Todos los Santos”. Iba con la intención de matar a otro. El padre José lo llamó y le dijo que regresase a su casa y no llevase a cabo su propósito. Domingo quedó asombrado de cómo había sabido su intención y se regresó ³³.

Pedro Leme nos dice. Una noche se levantó el padre José y fue a llamar a un joven discípulo suyo, llamado Pascual Leite, y le dijo que debían ir a salvar un alma. Se embarcaron en una canoa, y después de navegar nueve leguas, llegaron a un poblado indio donde estaban para matar a un moro pagano, que tenían amarrado con cuerdas. El padre consiguió que no lo matasen y después lo bautizó y lo llevó al poblado de cristianos, sacándolo del peligro. Este testigo se quedó admirado del milagro, porque Dios le había revelado esa situación, ya que nadie podía habérselo dicho por vía natural ³⁴.

Asencio Ribeiro declaró: Un día el padre José celebró misa temprano y se fue a prisa a un lugar distante 18 leguas, donde había un indio muy grave. El

³⁰ Ib. pp. 300-301.

³¹ Ib. pp. 243-244.

³² Sum p. 188.

³³ Sum p. 166.

³⁴ Sum p. 170.

*indio, al verlo, le dijo: “Padre, os esperaba”. El padre le contestó: “Vengo a confesarte”. Terminada la confesión, le dio la absolución y exclamó: “Vete a la gloria”. Y el indio expiró. Este testigo cree que eso le fue revelado por Dios*³⁵.

Mateo de Freyras asegura que el año 1595, el padre José, predicando en la iglesia de la prefectura de “Todos los Santos”, se arrodilló de repente. Algunos creyeron que se sentía mal, pero después de un corto tiempo se levantó y dijo en voz alta: “Oremos por nuestros hermanos que en tierras remotas de indios, en estos momentos en que nos encontramos, están en gran necesidad por estar asediados por los indios enemigos. Oremos un padrenuestro y un avemaría”. El testigo anotó el día y la hora y, cuando regresaron los soldados dos días después, les preguntó qué había pasado y ellos respondieron que habían sido asediados por los enemigos en la hora y día en que el padre José había manifestado en la predicación³⁶.

Margarita de Costa anota que se alojó en casa de Pascual Barrufo y allí también fue a alojarse el padre José con otros dos sacerdotes, padre Manuel Viegas y padre Adán González. Ciertos jóvenes, por burlarse, fingieron salir de casa para que sirvieran a la mesa ciertas jovencitas indias, pero el padre José supo por revelación que los jóvenes estaban ocultos y dijo a una joven que fuese a llamar a Pascual Barrufo, que era uno de los jóvenes, y, cuando llegó, lo reprendió por la ausencia fingida y le ordenó que sirviera a la mesa, porque les tocaba a ellos. Esta testigo se admiró de que supiera lo de los jóvenes por revelación de Dios³⁷.

Juan de Sousa Pereira certifica que, viviendo este testigo unos dos años a 300 leguas de esta Prefectura, le llegó la noticia a su suegro y suegra de que él había muerto y su esposa estaba triste. Los suegros mandaron a Ignacio de Luz, cuñado de este testigo, para que fuese a traer a la esposa a la prefectura de San Vicente donde habitaban sus padres. Al enterarse el padre José, llamó a la esposa y le dijo que por qué se iba. Diciéndole ella que por la muerte de su esposo, el padre le sonrió y le manifestó que no estaba muerto, sino vivo y que no se moviese del lugar porque en pocos días regresaría, como así fue³⁸.

Bartolomé Hernández afirma que muchos habitantes de San Vicente fueron contra sus enemigos los indios. Después de siete años sin tener noticias, todos creían que habían muerto. Algunas de las mujeres de esos soldados se habían casado de nuevo, y este testigo le decía a Manuel Álvarez que casase a su prima, esposa de uno de aquellos soldados. Le contestó que no, porque el padre

³⁵ Sum p. 170.

³⁶ Sum p. 176.

³⁷ Sum p. 184.

³⁸ Sum p. 163.

José le había dicho que no lo hiciera, porque vivía su esposo. De hecho, a los pocos días, llegó el esposo y encontraron a muchas de sus mujeres ya casadas con otros ³⁹.

Baltasar González certifica que *el padre José vio un día llorar a una india, que era esposa de cierto indio. Al preguntarle el padre por qué lloraba, le contestó que porque había tenido noticias de que su esposo estaba muerto. El padre le dijo que su esposo estaba vivo y que fuese a orar a la Virgen por la salud de su esposo, que dentro de pocos días estaría de vuelta, como así sucedió*⁴⁰.

Melchor Ferreira nos dice que *un día el padre José estaba predicando en la iglesia matriz de “Todos los Santos” y pidió a los oyentes que rezaran un padrenuestro y un avemaría por el éxito de la empresa de sus vecinos, que habían ido contra los enemigos tamojos, y que en aquellos momentos iban a combatir y obtener la victoria. Hechos los cálculos, se dieron cuenta de que el día y la hora que había dicho el padre desde el púlpito, era la misma del combate, lo que no podía haberlo sabido naturalmente* ⁴¹.

Margarita de Costa da testimonio de que *un día, estaba ella en la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción del pueblo de Itanahe y el padre estaba predicando en el púlpito. De pronto entró en la iglesia un rayo de sol y, al mismo tiempo, el padre se inclinó sobre el púlpito. Algunos oyentes pensaron que estaba mal, pero casi al momento se levantó y, mirando el altar donde estaba la imagen de la Virgen, le dio la bendición y dijo: “Bienvenida Señora”. Es de creer que fue a socorrer a algún devoto. Al terminar la prédica, dijo el padre a los que estaban adelante que fueran a ver a la Señora; y encontraron que la Virgen tenía mojados sus vestidos. Algunos anotaron que en la vigilia habían dejado velas encendidas en el altar de la Virgen y, al día siguiente, estaban sin consumirse, ni haber disminuido (porque ella no estaba)* ⁴².

Diego Fernández afirma: *Un día de fiesta el padre José celebró la misa de difuntos, lo que no era costumbre. El prelado le reprendió y le preguntó la causa. No quería decirla y se lo mandó por obediencia. Entonces el padre José le respondió que acababa de morir en Roma un amigo suyo y, en el tiempo de la elevación de la misa, Dios le mostró cómo su alma iba al cielo. Anotando el día y la hora de su muerte, resultó ser cierto* ⁴³.

³⁹ Sum pp. 163-164.

⁴⁰ Sum p. 164.

⁴¹ Ibidem.

⁴² Sum p. 196.

⁴³ Sum p. 191.

Y añade que oyó decir que, estando el padre José un poco triste, le preguntaron la causa y respondió que estaba intranquilo, porque estaba por llegar al puerto un barco en el que venía la orden del general de la Compañía, nombrándole provincial de la provincia del Brasil. Y así fue, como se pudo comprobar ⁴⁴.

El padre Manuel Ferreira certifica que estaba el padre José al otro lado de la ciudad de Bahía, confesando un moro, cuando llegó un hombre, llamado Luis Hernández, que después fue religioso jesuita, al cual el padre le dijo antes que él manifestara nada: “Estimo más la ocupación que tengo ahora que aquella por la que vienes a llamarme y, leyendo la carta que le entregó, vio que le nombraban provincial ⁴⁵.

Matías de Oliveira afirma que un día, un joven de 14 años, dijo a sus compañeros que quería confesarse con el padre José, del que decían que era un santo, y se iba a callar un pecado que les dijo a los compañeros. Al confesarse, el padre José le dijo ese pecado antes que comenzara a hablar ⁴⁶.

Juan Suárez atestigua: En la ciudad de “Todos los Santos” un compadre del testigo estaba dispuesto a matar a su esposa en compañía de otro hombre. Esto lo hablaron delante de este testigo. En esos momentos apareció el padre José y les dijo que dejaran ese mal propósito, porque si no, Dios los castigaría. Y el esposo aceptó a su esposa, perdonándole lo que había hecho ⁴⁷.

Vivían dos hermanas indias, ambas cristianas y casadas, una en San Vicente y la otra en una aldea vecina. Vino la aldeana a visitar a su hermana. La aldeana preparó para sí dos velas y, preguntada por su hermana con qué fin las hacía, respondió que para ofrecérselas al padre José para que celebrara una misa en su nombre, cuando fuera santa. Se refería a que tenía el propósito de que, si la cautivaban, prefería que la matasen antes que ser concubina de su captor, ya que era casada. Poco tiempo después los tamojos entraron a la aldea y se la llevaron cautiva. El capitán de los enemigos quiso violarla y llevársela para él, pero ella no aceptó y el indio, al ver su resistencia, la mató. Ese mismo día el padre José supo por revelación divina lo sucedido y celebró la misa por ella con sus velas encendidas y pronunció el nombre de la mujer como de una mártir, a pesar de que su muerte había ocurrido a unas 30 leguas del lugar donde estaba el padre José. Cuando algunos de los cautivos pudieron regresar, contaron el suceso ⁴⁸.

⁴⁴ Ibidem.

⁴⁵ Sum pp. 191-192,.

⁴⁶ Sum p. 192.

⁴⁷ Ibidem.

⁴⁸ Rodríguez Pedro, oc., pp. 132-134.

c) AGILIDAD

Es la traslación corporal casi instantánea de un lugar a otro, a veces muy lejano, de donde nos encontramos.

El padre Gonzalo de Oliveira dio testimonio: *Hace unos 40 años supo el padre José que los indios tupies habían tomado preso un indio tamajo, su enemigo, y, como acostumbraban, lo iban a matar y comer. El padre partió con este testigo a mediodía y llegaron a la caída del sol. Este testigo consideró este viaje tan rápido como algo sobrenatural. Llegados al lugar, consiguieron que el indio tamajo se pudiera bautizar antes de su muerte y, bien dispuesto, murió santamente* ⁴⁹.

El padre Pedro Leytao dio fe de que *el padre Vicente Rodríguez le contó que, haciendo el camino de San Vicente a Sao Paulo, debiendo celebrar misa, no encontraron el misal, siendo el día de la Ascensión del Señor. El padre José se ofreció a regresar a buscarlo a San Vicente, a unas seis leguas de distancia, y regresó con el misal bajo el brazo y con él celebraron la misa* ⁵⁰.

Melchor Ferreira declaró que, *caminando con el padre José, desde San Vicente a Sao Paulo y estando a unas seis leguas de donde habían salido, preparados ya para dormir esa noche, le dijo el padre a este testigo que le diese el breviario para orar, pero no pudo encontrarlo. Entonces el padre se alejó, entró un poco en la selva y se sentó. Después de media hora, el testigo lo vio leyendo y orando con el breviario. Le preguntó dónde lo había encontrado. El padre le respondió que había ido a buscarlo a la Casa de San Vicente y que, al ir a buscarlo, los padres estaban a la mesa. El testigo lo tuvo esto por un gran milagro, ya que no era naturalmente posible hacer un viaje de seis leguas por tan mal camino y en media hora.*

En otra oportunidad, queriendo los padres publicar un jubileo, la víspera de la publicación, se dieron cuenta que la Bula estaba en S. Vicente, que distaba tres jornadas de viaje. Entonces el padre José dijo a todos que iba a buscarla y, tomando el sombrero y el bastón, se fue. A la mañana siguiente regresó con la Bula en la mano, que fue publicada como vio este testigo. Y esto lo tuvo por milagro, porque no se podía ir y venir en tan poco tiempo en un viaje tan largo ⁵¹.

⁴⁹ Sum p. 108.

⁵⁰ Sum p. 45.

⁵¹ Sum p. 41.

La señora María de Oliveira declaró que, *el padre José con otro sacerdote y otras personas, iban al pueblo de Itanhae, distante nueve leguas, y estando a mitad de camino quiso el padre celebrar misa y le dijeron que las hostias se habían quedado en el canasto de la carreta y, como la carreta estaba muy distante, el padre fue a buscarlas. Fue y volvió en el espacio en que se reza un credo y debería haber tardado al menos tres horas. Fue visto por los que estaban en la carreta, que estaban matando gallinas para comerlas. La carreta llegó adonde estaban en la noche*⁵².

Asencio Ribeiro manifestó que, *en una ocasión, el padre José salió del pueblo de S. Vicente a Itanhae al clarear el día, después de haber celebrado misa, acompañado del padre de este testigo y llegó a Itanhae al tiempo que comenzaba el Evangelio y pudo así predicar, lo que fue tenido por todos como un milagro, pues de un sitio a otro hay unas nueve leguas. Hay que pasar un brazo de mar, lo que retrasa el viaje. Y además el camino es difícil. Por eso, fue tenido por todos como un milagro*⁵³.

Pedro Álvarez refiere que, *durante los viajes, al padre José no le gustaba ir a caballo, sino a pie, a pesar de ser viejo y enfermo. Algunas veces se quedaba atrás rezando unas tres millas y después lo encontraban delante de todos, no habiendo otro camino para poder pasar; y esto causaba admiración a todos, incluso a los indios, que lo tenían como un milagro*⁵⁴.

d) BILOCACIÓN

Es la presencia simultánea de una misma persona en dos lugares diferentes. *Un día el Superior de la casa de Piratininga había encerrado en cierta habitación a un hermano por la mañana. El padre lo supo por revelación sobrenatural y se presentó en Piratininga sin avisar. Mandó sacar al hermano y lo llevó al comedor. Después, habló con el Superior y, arregladas las diferencias, se regresó a San Vicente sin que nadie se diera cuenta en este último lugar, que era casa de su Residencia, distando ambas casas unas 15 leguas*⁵⁵.

Melchor Ferreira contó que *en Itanhae estaba predicando un día el padre José y quedó en el púlpito como en éxtasis. Pensando los oyentes que le había pasado algo, el padre, al volver en sí, les dijo que había ido a acompañar a la Virgen a socorrer a una devota suya, que la había invocado y estaba en peligro*

⁵² Sum p. 43.

⁵³ Ibidem.

⁵⁴ Sum p. 46.

⁵⁵ Sum p. 45.

por una riada. Y, como señal, les dijo que tenía su hábito húmedo, lo que pudieron confirmar algunos presentes ⁵⁶.

Un hermano de la Compañía vivía en una granja nuestra en un lugar aislado, que solo tenía entrada por mar. A este hermano, o porque la soledad u otra cosa le afligía, comenzaron a inquietarle grandes melancolías y no tenía quien lo consolase en su tristeza, ni a quien comunicar las causas de su desasosiego. Tres días hacía que aquella pena le ocupaba el corazón, cuando, paseándose por el campo, vio al padre José solo, acompañado solamente de su báculo, que venía a él. Le salió a recibir regocijado, lo saludó con respeto y le dio las gracias por su venida. Le dijo el padre José: “Sólo por Vos he venido aquí”. Él le descubrió las causas por las que estaba inquieto y el padre, con razones prudentes y amorosas, lo sosegó. Pero no pudo entender el hermano cómo había podido venir y volverse, ya que vio la ribera toda desierta y en ella no había ningún género de embarcación. Era su ángel quien le revelaba estas cosas y podía traerle a la granja y regresarlo a su casa ⁵⁷.

Mateo Luis Grore certifica que, estando el padre José en el poblado de San Vicente, donde era Superior, supo por revelación divina que entre algunos religiosos de la Casa de Sao Paulo había algunas diferencias y, sin salir de su Casa de S. Vicente, fue visto también en la Casa de Sao Paulo, que está a doce leguas de distancia. Arregladas las diferencias, regresó a su Casa sin que nadie lo echara de menos y esto fue considerado por todos como un milagro ⁵⁸.

e) LUCES SOBRENATURALES

Consiste este don en luces o resplandores que aparecen en los cuerpos de los santos de modo sobrenatural, especialmente durante los éxtasis.

Catalina de Espinha declaró: Oí decir a mi padre y a mi madre que, estando el padre José en la ermita de san Jorge en San Vicente, vieron una gran luz y sintieron música angelical. Sabiendo el padre José que esa claridad y esa música había sido vista y oída por algunas personas, les pidió que guardaran secreto, mientras estuviera vivo. Las personas que fueron a ver lo que pasaba esa noche, lo vieron arrodillado, orando delante del altar, con gran claridad y música celestial ⁵⁹.

⁵⁶ Sum p. 195.

⁵⁷ Rodríguez Pedro, o.c., pp. 237-238.

⁵⁸ Sum p. 44.

⁵⁹ Sum p. 55.

El padre Manuel de Quintar certifica que, yendo el padre José de la Prefectura del Espíritu Santo a un lugar distante unas 13 ó 14 leguas, el padre Rodrigo de Melgarejo que vivía en la casa del padre José, de donde había salido de viaje, le llamó a este testigo y lo llevó a la celda del padre, que estaba ausente, y, mirando por algunos agujeros de la puerta, vieron una luz como el sol y respiraron un olor muy suave. Visto lo cual, el padre Melgarejo se arrodilló, diciendo: “Sea bendito el Señor que, en ausencia del padre, nos ha demostrado cuán santo es”. Y esto lo vieron este testigo y el dicho padre Melgarejo ⁶⁰.

La señora Antonia Díaz declaró que oyó contar a tres sacerdotes jesuitas que una noche se le apagó la vela al padre Amaro González y fue a encenderla a la celda del padre José. Vio una gran luz dentro y al padre José arrodillado y elevado de la tierra. Entonces llamó a dos de sus hermanos sacerdotes, que vinieron a ver lo sucedido. Por la mañana los tres fueron a besarle el hábito (como a un santo), pero él no se lo consintió, diciendo que era un gran pecador⁶¹.

Juan Suárez, jesuita, refiere que viviendo con el padre José en la casa de Itanhae, una noche, cuando el padre José creía que él estaba durmiendo, se fue a la iglesia. Él lo siguió y observó que la iglesia tenía un gran resplandor y el padre José estaba elevado de la tierra. Cuando el padre se dio cuenta que lo había estado viendo, le mandó que no dijera nada a nadie, Este testigo le contó el caso al padre jesuita Manuel Viegas y éste le dijo que lo mismo le había dicho a él en un caso similar ⁶².

El padre Pedro Leytao nos dice que una noche vio al padre José que paseaba delante de la puerta de su celda y le rodeaba una gran luz. Cuanto más se acercaba a él, más se desvanecía hasta que se desvaneció al hablar con él. Y anota que el padre estaba orando como acostumbra muchas veces de noche ⁶³.

Y añade que, viviendo en la misma casa que el padre José, un día daba una prédica y el padre Manuel de Paiva, también jesuita, se encontraba con este testigo en una tribuna. Durante toda la prédica el padre Manuel estuvo de rodillas y, al preguntarle yo por qué estaba así tanto tiempo, respondió que había visto sobre el padre José una luz más resplandeciente que el sol y que por ello estaba emocionado y como extasiado ⁶⁴.

⁶⁰ Ibidem.

⁶¹ Sum pp. 55-56.

⁶² Sum p. 57.

⁶³ Ibidem.

⁶⁴ Sum p. 58.

f) ÉXTASIS Y LEVITACIÓN

El éxtasis es un estado en el que uno está tan absorto en Dios, que permanece inmóvil e insensible a los estímulos exteriores. En algunos casos, el santo puede levantarse del suelo y permanecer suspenso en el aire hasta por varias horas.

Melchor Ferreira certifica que *vio muchas veces al padre José elevado de la tierra más de dos palmos* ⁶⁵. Baltasar Dorte nos dice que *desde su infancia oyó decir a muchas personas que el padre José, mientras celebraba la misa, se elevaba de la tierra* ⁶⁶.

Pablo de la cruz afirma que, *celebrando misa el padre José, muchas veces se elevaba casi un palmo y, otras veces, estaba en oración en un corredor que da a la capilla y de donde se veía el altar mayor de la iglesia. Este testigo lo vio elevado de la tierra; y en la misa, después de la consagración, lo vio con sus propios ojos en éxtasis y algunas veces llamó a los padres José Marinelo y Vicente Rodríguez para que lo vieran elevado de la tierra* ⁶⁷.

Juan Botelho declaró: *Yendo con el padre José y otros padres de la Compañía en un barquito, se levantó una gran tempestad y todos perdieron la esperanza de salir con vida. Los padres se confesaron unos con otros y pensaron que, si escapaban de la furia del mar, no escaparían de los indios de los lugares donde estaban, que eran enemigos de los portugueses. Pero el padre José estuvo los tres días que duró la tempestad en oración, sin comer ni beber, de rodillas. Algunas veces estaba en éxtasis, elevado de la tierra. Y después de los tres días se calmó el mar y todos atribuyeron la salvación a las oraciones del padre José*⁶⁸.

Antonio Fernández afirma que, *siendo joven, fue a buscar al padre José por ser la hora de la comida. Fue a su celda y lo encontró elevado de la tierra con las manos levantadas. Estaba elevado más de tres palmos. No quiso molestarlo, cerró la puerta y se fue a avisar al Superior, Manuel Nóbrega, quien dijo que lo dejaran tranquilo* ⁶⁹.

Alejo Manuel declaró que, *cuando tenía unos doce años, iba a la escuela de la Casa de los jesuitas. Un día, un jovencito indio, que trabajaba en la Casa,*

⁶⁵ Sum p. 103.

⁶⁶ Sum p. 106.

⁶⁷ Sum pp. 109-110.

⁶⁸ Sum p. 109.

⁶⁹ Sum p. 110.

vino a la escuela, gritando que el padre José estaba muerto. El padre Antonio Ferreira, nuestro maestro, fue corriendo y otros muchos niños lo siguieron. Vimos al padre José delante de un crucifijo, que está al final del corredor de la iglesia antigua, en éxtasis, con los ojos abiertos y los brazos elevados. No volvió en sí con todo el ruido que hacíamos. Algunos padres tiraban de él y lo llamaban, pero, al principio, no reaccionaba. Después, volvió en sí y preguntó: “¿Qué pasa? ¿Qué reunión es esta? Estaba descansando”⁷⁰.

g) INVISIBILIDAD

Es el don sobrenatural de hacerse invisible a los ojos de los demás. Muchas veces, cuando el padre José viajaba con otras personas, les decía que se adelantasen para quedarse él a rezar tranquilamente y, después de un tiempo, lo veían adelante sin que hubiere podido pasar por ningún otro camino adelante. Parecía que era invisible a los ojos de los otros o que viajaba invisible con el carisma de la agilidad, yendo de un sitio a otro en un instante. Otras veces, sucedía que desaparecía de la conversación, estando con otras personas, y después regresaba. Es decir, que aparecía y desaparecía sin que se dieran cuenta. En otra ocasión estaba navegando en un barco del capitán Azevedo, lo buscaron por todos los rincones del barco y no lo encontraron. Después, súbitamente, lo encontraron en los mismos lugares donde lo habían buscado⁷¹.

h) DON DE CURACIONES

Es el don de sanar enfermos graves o incurables con el poder de Dios. Francisco Díaz refiere: *Yendo con el padre José de Bahía a un lugar llamado Cobro, me vino una grave enfermedad. El padre José me indicó que me ungiese con el aceite de la lámpara del Santísimo Sacramento y que sanaría. Así lo hice y quedé sano*⁷².

El padre Pedro Leytao certifica que en el año 1588, en cierta festividad en una aldea de indios, había una disputa sobre quién de los jinetes había conseguido el premio de un ganso. Le manifestaron al padre José que él decidiera. Entonces el padre le preguntó a un niño mudo, de cuatro años, que declarara a quién le pertenecía el ganso y el niño respondió: “El ganso es mío”. Todos se admiraron de que hablara y le dieron el ganso. Este testigo puede certificar que así fue, porque tenía al niño en sus brazos⁷³.

⁷⁰ Sum p. 111.

⁷¹ Rodríguez Pedro, o.c., pp. 290-293.

⁷² Sum p. 216.

⁷³ Sum p. 64.

Juan Gago testifica: *Cuando yo tenía siete años, estaba jugando con otros niños y me metí a la boca un anzuelo. Durante el juego, me lo tragué y quedé como ahogado. Me llevaron a la Casa de los padres jesuitas. El padre José me hizo arrodillar y lo mismo hicieron los otros padres. Oró por mí, me sentí bien y me fui a mi casa. En la noche me sentí tranquilo sin que nunca pudieran saber qué fue del anzuelo, atribuyéndolo todos a un milagro* ⁷⁴.

Ana Riveiro nos dice que *tenía un hijo, llamado Jerónimo, de dos años muy enfermo. Llevaba tres días que no podía comer ni beber. Llegó el padre José a la casa y le contaron el problema, pidiéndole que lo bendijera... El padre le leyó el Evangelio y, a la mañana siguiente, el niño amaneció sano, incluso tenía la cara sana, a pesar de haber tenido un herida incurable hasta ese día. Todos lo tuvieron por milagro y la testigo estuvo presente* ⁷⁵.

El padre Pedro Leytao refiere que, *viviendo con el padre José en Río de Janeiro, le dijo: “Vamos a la casa de la señora Isabel, porque hace tres días le dieron la unción de los enfermos y está muy mal. Usted le da algún remedio para que sane”*. Cuando llegaron a la casa, *la señora estaba casi al final de su vida y su esposo y algunos familiares estaban muy tristes. El padre los consoló y, acercándose a la enferma, le impuso las manos y recitó el Evangelio. A la enferma le dijo: “Mi hermano (por este testigo) te dará una medicina y te sanarás”*. Y este testigo, *de acuerdo con el padre José, le dio un poco de agua con azúcar. Después el padre le dijo a la enferma: “Levántate, ya estás sana”*. Y mandó a sus hijas que le trajeran los vestidos. *La enferma se levantó y quedó sana ante la admiración de todos los presentes. Entre los presentes estaba Lucía Machado, su hermana menor, y Lorenzo Díaz Machado, quien certificó este caso ante el obispo Constantino Barradas de Bahía* ⁷⁶.

Juan Suárez por su parte refiere que *estaba gravemente enfermo por hemorragias de sangre y ya desconfiaba de sanar. Fue a visitarlo el padre José y, pasándole la mano, le leyó el Evangelio y le dijo: “Levántate, hijo, que ya no tienes nada”*. Y así sucedió, *porque nunca más le volvieron esas hemorragias. A la mañana siguiente se levantó y fue a oír misa* ⁷⁷.

Juan de Cales afirma que *estaba el padre Diego Fernández muy enfermo en el castillo de Leritiba y su compañero, el padre Rocha, viendo que se moría, mandó aviso al padre José, que estaba a 15 leguas de distancia. Vino el padre*

⁷⁴ Sum p. 66.

⁷⁵ Sum p. 67.

⁷⁶ Sum p. 69.

⁷⁷ Sum p. 72.

José, le impuso las manos y el enfermo se sanó, de modo que todos los presentes consideraron que había sido un milagro ⁷⁸

El doctor Martín Leytao da fe de que *su esposa estaba muy mal, con un absceso en la mandíbula, que estaba muy inflamada. Llegó el padre José, le hizo la señal de la cruz, recitó el Evangelio y se sanó de inmediato. Nunca más tuvo otro absceso ni dolores de dientes. Y esto sucedió hace 34 o 35 años* ⁷⁹.

Juan de Cales manifestó en el Proceso que *una vez viajó con el padre Diego Fernández, jesuita, y un grupo de indios gentiles. Entre ellos había uno lisiado, que caminaba con las manos y los pies; y sus familiares le llamaban por ello el ciervo. Llegaron al castillo de Leritiba de la prefectura del Espíritu Santo y les salió al encuentro el padre José, quien mandó al lisiado que se levantara. El lisiado se levantó y comenzó a caminar normalmente, como lo hizo siempre a partir de ese momento. Y este testigo certifica que vio al lisiado y después lo vio caminar como si nunca hubiera estado lisiado, lo que fue tenido por todos como un milagro* ⁸⁰.

Baltasar Martínez da testimonio de que *vio a Francisco Domínguez que no podía caminar sin bastón por causa de una enfermedad en las rodillas; y después lo vio caminar sin bastón, porque el padre José le había dicho que dejara el bastón, y quedó totalmente sano* ⁸¹.

Catalina de Espinoza afirma que *estaba perdiendo la esperanza de vivir porque no podía dar a luz y su niño estaba muerto en su vientre desde hacía ocho días. Mandó llamar al padre José para confesarse. Vino el padre, la confesó y le manifestó que no iba a morir y que daría a luz un niño y le pusiera por nombre José. Esa misma noche, sin dolores, salió el niño muerto y, por ello, no le puso nombre alguno. El padre José le dijo que no se desalentara, pues daría a luz a otro niño, a quien le daría el nombre de José. Y así sucedió en verdad* ⁸².

El padre Francisco Díaz anota que *la señora Camila Pereira estaba muy enferma con fuertes dolores de cabeza que parecía la iban a volver loca. El padre José le prometió que celebraría la misa por ella y, después de terminar la misa, fue a visitarla, le dio la bendición y quedó totalmente sana* ⁸³.

⁷⁸ Sum p. 73.

⁷⁹ Ibidem.

⁸⁰ Sum p, 65,

⁸¹ Sum pp. 75-76.

⁸² Sum p. 77.

⁸³ Ibidem.

Miguel Ayres Maldonado declaró: *Estaba con el padre José y fuimos los dos a visitar a Nicolás Grillo, que estaba en cama con una vela en la mano, preparado para morir por causa de una llaga que le afectaba la parte derecha de su cuerpo. El padre José le hizo la señal de la cruz sobre la llaga. A la mañana siguiente, mandaron aviso al padre que fuera a visitar al enfermo y lo encontró sentado en una silla y totalmente sano, como si nunca hubiese tenido aquella llaga. El padre le indicó que agradeciese a Dios y enviara una limosna para la Virgen, lo que hizo, mandándole un ornamento entero de buena tela y una lámpara de plata para la iglesia de la Virgen* ⁸⁴.

Luisa Correa certifica que *su hijo Pedro Álvarez, canónigo, cuando tenía cuatro o cinco años estuvo muy enfermo con fiebre alta y una inflamación, que no podía curarse con los remedios que le daban. Lo llevaron al colegio donde vivía el padre José y, estando presente esta testigo, el padre lo llevó delante del Santísimo Sacramento, le hizo la señal de la cruz, diciendo que no era nada, y el niño quedó totalmente sano* ⁸⁵.

i) RESUCITAR MUERTOS

El padre Pedro Leytao certifica, que *un día llamaron al padre José para ir a una legua de distancia a confesar a una señora muy enferma. Al llegar, le salieron al encuentro, diciendo que ya había muerto. La tenían con la cara ya cubierta con una sábana y la estaban preparando para la sepultura. El padre pidió un vaso de agua y bebió un poco. Después bendijo a la difunta, teniendo el vaso de agua en la mano izquierda; y con la derecha le tocó el rostro. Ella abrió los ojos y él echó unas gotas de agua en su cara. La señora gimió, miro al padre José y le dijo: “¿Eres tú el que vino a hacerme volver?”. El padre respondió que sí y le dio a beber un poco del agua del vaso. Después mandó que salieran todos y el padre la confesó y quedó sana, viviendo aún más de 40 años. Esto sucedió el año 1576* ⁸⁶.

Margarita González certifica que *su padre y su madre le contaron lo que pasó en su misma casa. Un esclavo, que su padre había comprado en Brasil, se murió y después de varias horas resucitó y le dijo a su madre, Gracia Rodríguez, que lo lavase bien, porque iba a venir a bautizarlo el padre José, quien lo había encontrado en el viaje (¿a Dios?) y le había dicho que regresase a su cuerpo para bautizarlo. Su madre mandó llamar al padre José, llegó a la casa y bautizó*

⁸⁴ Sum p. 78.

⁸⁵ Ibidem.

⁸⁶ Sum p. 67.

al esclavo, quien de nuevo murió, habiendo quedado muy contento de ser bautizado, aunque en la casa nadie sabía que no estaba bautizado ⁸⁷.

j) OTROS MILAGROS

El Superior, padre Manuel de Nóbrega, pidió a José, cuando aún no era sacerdote, que escribiese una comedia para reprender los vicios de los indios y animarlos en el camino del bien y del respeto por las cosas sagradas. Escribió la comedia en parte en lengua portuguesa y en parte en lengua de los indios. Corrió la voz y vino mucha gente a la representación, tanto portugueses como indios. Se representaba en la villa de San Vicente, en un lugar que estaba al descubierto. Todos, con gran silencio, esperaban que comenzase la función, cuando de repente se oscureció el cielo. Cogió a todo el auditorio por sorpresa y empezaron a caer gruesas gotas de agua. Alteráronse todos y ya se levantaban para recogerse, cuando salió José y les dio voces, pidiendo que se sosegasen, prometiendo sin dudar que no llovería hasta que se acabase la comedia... Todos creyeron las palabras de José. Ninguno se movió y se hizo la representación que duró tres horas. Y quiso Dios que primero se acabase la comedia y se despidiese al pueblo y luego el agua, como si entonces le dieran licencia, cayó envuelta en recios torbellinos y temerosos truenos. Todos admiraron la santidad de José ⁸⁸.

Catalina Alfonsa refiere que Miguel Azevedo quería poner en su ingenio de azúcar una piedra larga, que estaba cerca, pero era muy pesada. El padre José, viendo el deseo de Miguel, le pidió que hiciera venir gente, porque él ayudaría. El padre puso la mano sobre la piedra y la llevaron sobre algunos maderos, pero no la pudieron colocar en el lugar deseado. Vino de nuevo el padre, puso la mano sobre la piedra y así pudieron colocarla donde deseaban, lo cual fue considerado un gran milagro tanto para los que estaban presentes, como para los que conocieron el hecho ⁸⁹.

Francisco Viegas da testimonio de que el padre José estaba en el poblado de San Vicente hablando con unas señoras, que habían puesto el pan a cocer dentro del horno. A la hora que el padre se despedía, se acordaron del pan y una de ellas gritó que se había quemado. Entonces el padre se acercó a la boca del horno, dio la bendición al pan y quedó perfecto, como si no se hubiera quemado⁹⁰.

⁸⁷ Sum p. 91.

⁸⁸ Rodríguez Pedro, o.c., pp. 52-54.

⁸⁹ Sum p. 79.

⁹⁰ Ibidem.

La señora Escolástica de Costa nos dice que estaba con su esposo Bartolomé Pérez y con el padre Manuel de Couto en la iglesia, celebrando la fiesta de San Lorenzo. A la hora que debía salir la procesión, llovía tanto que decidieron hacerla solamente dentro de la iglesia, pero el padre José, que estaba allí, les dijo que no, que debían hacerla como siempre. Y como todos lo tenían por santo, salieron en procesión y, a pesar de que llovía en otros lugares cercanos, no llovió sobre la procesión; y todos tuvieron esto por milagro ⁹¹.

Idelfonso González refiere que, yendo de camino con su cuñado y el padre José, llovía mucho y le dijeron al padre que debían detenerse y no avanzar más, porque el camino estaba muy malo. El padre les insistió en que siguieran adelante. Siguieron caminando con aquella tremenda lluvia. El padre iba adelante y este testigo observó que el vestido del padre estaba seco y así se lo dijo al cuñado. Cuando llegaron a una cabaña a descansar por la noche, le preguntaron al padre por qué él no se mojaba. Respondió que porque su ropa era buena, pero ellos tocaron su túnica y observaron que era vieja, de sayal, y estaba seca ⁹².

La señora Antonia Rodríguez certificó: Cuando vivía en Bahía, un día me visitó el padre José, como solía hacerlo otras veces, y me pidió para comer tres pedazos de calabaza cocinada. Le respondí que no tenía calabazas en casa. El padre insistió en que sí había y me mandó que obedeciera y fuera a ver; y encontré una calabaza y le traje tres pedazos en una bandeja. Le dije: “Padre, aquí está la calabaza, pero antes no había”. El padre se rió y anotó que era fruto de la obediencia. Todos los presentes lo consideraron un milagro ⁹³.

Por su parte el padre Pedro Leytao manifestó que, cuando estaba enfermo, lo visitó el padre José y, queriendo beber un poco de vino, que le habían traído, no quiso beberlo por encontrarlo demasiado áspero y desagradable. Al preguntarle el padre que por qué no lo bebía y explicarle él la razón, el padre José tomó un vaso con vino entre sus manos, lo gustó un poco y, después, le dijo a este testigo que lo bebiera, porque estaba muy bueno. Lo bebió y lo encontró muy bueno, suave y oloroso. Y por ello lo consideró un milagro, conservando ese vino por mucho tiempo, bebiéndolo a pequeños sorbos hasta que se terminó ⁹⁴.

En la colonia de San Vicente había falta de aceite. Un día se acabó el que tenían en casa y le avisaron al padre José. El padre dijo que quedaba todavía un poco y, cuando había necesidad, el despensero iba y sacaba lo necesario, que salía de un barrilito como un hilo delgado. Parecía que ya no había nada y,

⁹¹ Sum p. 74.

⁹² Sum p. 62.

⁹³ Sum p. 63.

⁹⁴ Sum p. 61.

*cuando había otra necesidad, salía de nuevo, poco a poco, pero no faltaba. Así estuvo durante dos años, mientras hubo falta de aceite en aquella colonia*⁹⁵.

*Melchor Ferreira refiere que, estando el padre José en la iglesia de Nuestra Señora de la Concepción en el pueblo de Itanhae, los guardianes del templo, en especial Pedro Ventunho, se quejaron de que no había aceite para la lámpara de la Virgen. El padre le dijo a Ventunho que mirase bien, porque podía haber. El interesado le respondió que había visto muy bien y que no había nada. El padre José le insistió que fuera a ver de nuevo y, al ir con otros compañeros, encontraron el recipiente lleno de aceite, lo que publicaron de inmediato, diciendo en voz alta a todos: “Milagro, milagro, milagro”. Y los que oyeron la noticia venían con botellas de aceite para intercambiarlo por el aceite milagroso para usarlo en las enfermedades*⁹⁶.

*Manuel Fernández nos dice que, estando el padre José en “Todos los Santos” de la prefectura de San Vicente, celebró la misa de Navidad en la iglesia y, a continuación de su misa, vino otro sacerdote jesuita a querer celebrar. El sacristán le dijo que no había nada de vino. Fueron a decírselo al padre José, que era el Superior y respondió que sí había, que mirasen bien en la botella. El sacristán insistió que había visto bien y el padre le volvió a insistir que fuese a mirar de nuevo. El sacristán lo hizo y encontró la botella llena de vino y lo llevó para enseñársela, exclamando que era un milagro. Todos los que estaban presentes lo tuvieron por tal. Y muchos pedían ese vino para darlo como remedio a los enfermos*⁹⁷.

*Mateo Luis Grore manifestó que un día en que el padre José vino a visitar el lugar donde él estaba, fue este testigo con los niños de la escuela a recibirlo y vio con sus propios ojos que la hierba buena que había en aquel lugar no tenía flor alguna y floreció al llegar el padre; y, no siendo tiempo de higos ni de uva, cuando se fueron a buscar frutas para obsequiarle, encontraron higos y uva; lo cual fue tenido por todos como un milagro. Esto sucedió en la casa de Clemente Álvarez*⁹⁸.

El padre Pedro Leytao certificó que en el año 1582 estaba enfermo en cama. El padre José le preguntó qué deseaba comer. Él le dijo que una pierna de pollo. El padre mandó que se la trajeran, pero el despensero aseguró que no había tal cosa en la casa. Entonces el padre se fue a una cesta que tenía peces y tomó una parte de un pez (que convirtió en pierna de pollo) y se la dio al testigo para que la comiera bien preparada. Este testigo se la comió y guardó los restos.

⁹⁵ Rodríguez Pedro, o.c., pp. 233-234.

⁹⁶ Sum p. 59.

⁹⁷ Sum p. 60.

⁹⁸ Sum p. 58.

Y cuando este testigo le reclamó al despensero Domingo Riveiro, por qué no se la había traído, él le respondió, trayéndole la parte que quedaba del pescado: “Aquí estaba la pierna que te ofreció”. Y este milagro fue reconocido por todos los que conocieron este hecho ⁹⁹.

El padre Baltasar Fernández declaró que *algunos portugueses fueron asesinados por hombres también portugueses. Uno de los asesinos se llamaba Domingo Luis Grore y el otro Lapidica; ambos vivían en Piratininga. Como la justicia los perseguía, huyeron a tierra de indios y querían hacer que se rebelaran contra los pobladores de Piratininga. Entonces el gobernador encargó al padre José que fuera a sacar a los dos asesinos de entre los indios gentiles. El padre fue acompañado en esta ocasión por el padre Vicente Rodríguez, por un tal Manuel Veloso y por algunos indios amigos, entre los que estaba un tal Araguasu. Navegando por cierto río en una canoa, llegaron a una catarata en la que naufragaron y todos, menos el padre José, salieron a flote. El indio Araguasu se lanzó a buscarlo bajo el agua. Al principio no lo encontraba. Lo encontró después de una media hora de haber naufragado. Estaba rezando su breviario bajo el agua, lo cual fue tenido como un gran milagro atribuido a Nuestra Señora de la Concepción, cuyo oficio estaba rezando. Araguasu lo agarró del brazo y lo sacó.*

Lo maravilloso fue que ni el breviario se había mojado. Después pudieron llegar al lugar donde estaban los dos portugueses entre los indios, quienes se pusieron en pie de guerra, porque eran enemigos de los portugueses, pero el padre les dijo: “Soy el padre José”. Y al momento dejaron los arcos y flechas. El padre pudo hablar con los dos portugueses y la esposa de uno de ellos, y los hizo regresar al poblado y a la Iglesia, porque llevaban varios años sin sacramentos y rebeldes contra la Iglesia. Estos sucesos se los contó al testigo el mismo indio que salvó al padre, que se llamaba Araguasu y como cristiano Manuel ¹⁰⁰.

⁹⁹ Sum p. 61.

¹⁰⁰ Sum pp. 37-38.

k) PODER SOBRE LOS ANIMALES

El padre Manuel de Quintal refiere que vio en el poblado “Espíritu Santo” que las golondrinas hacían nido en el techo de nuestra casa y el padre José cogía un bastón y se posaban en él y él las acariciaba en la cabeza y espaldas y después las dejaba ¹⁰¹.

Melchor Ferreira anota que, yendo de camino en 1583 con el padre José, con su compañero el padre Leonardo del Valle y siete u ocho indios en una canoa hacia el poblado de “Santos”, hacía mucho calor y el padre Leonardo se quejaba de ello. Entonces el padre José vio un grupo de pájaros y les dijo en lengua de los indios al que iba delante de todos: “Haz quedar a tus compañeros sobre nosotros”. Y al momento los pájaros se pusieron sobre la canoa para darles sombra. Y así sucedió por media hora hasta que una nubecita cubrió el sol y el padre les dijo a los pájaros: “Pueden continuar su viaje”. Y se fueron. Esto fue considerado por todos como un milagro ¹⁰².

Margarita de Costa afirma que oyó decir a Esteban Ribeiro, hombre digno de crédito y de mucha virtud, que, viniendo un día en compañía del padre por la playa de Itanhae, vio volar un gran número de palomas salvajes. Él, alzó su bastón y una de ellas se posó en él. El padre levantó la mano y le tocó la cabeza y el cuerpo, diciendo a Esteban: “Mira qué mansa paloma”. Después le hizo la señal de irse y ella se fue ¹⁰³.

El padre Gaspar de Sampérez que vio con sus propios ojos, seis o siete años antes de la muerte del padre José, que, estando predicando en la octava de Pascua de Pentecostés en la iglesia de su Casa de la Capitanía del Espíritu Santo, se le puso en la parte izquierda del pecho un pajarito del tamaño de un canario, de color verde y amarillo. Y esto por espacio de un avemaría. El padre hizo dos veces el gesto de alejarlo de sí y el pajarito se retiró ¹⁰⁴.

Y añade: Siendo yo novicio, le servía al padre de diácono en la misa. Un día me dijo: “Dicen que los pajaritos se vienen a mi mano, el caso es que, yendo en una canoa desde San Vicente a otra Capitanía y viendo un pajarito que volaba sobre la canoa, tendí el brazo y le dije: “Pósate aquí”, y el pajarito vino y se posó en mi brazo, como si se posara sobre la rama de un árbol ¹⁰⁵.

¹⁰¹ Sum p. 51.

¹⁰² Sum p. 47.

¹⁰³ Sum p. 196.

¹⁰⁴ Sum p. 53.

¹⁰⁵ Sum p. 54.

Francisco de Silva declaró que, *navegando con el padre José al poblado de San Lorenzo en una canoa, fueron interceptados por muchas ballenas, de modo que podían volcar nuestra canoa. Los morenos que remaban se asustaron y dejaron los remos, pero el padre José, que se sentaba a mi lado, les dijo que no tuvieran miedo. Les dio la bendición a las ballenas y se sumergieron en profundidad; y los morenos comenzaron de nuevo a remar*¹⁰⁶.

El padre Pedro Leytao manifestó que, *como faltaban pescados para comer en el colegio donde vivía con el padre José en el año 1579 ó 1580, el padre José llamó a un pescador y lo llevó a la ventana y le enseñó un lugar dentro del puerto, a una legua o más de aquel lugar donde estaban, diciéndole que echara la red una sola vez y regresara con la cesta llena. Al principio el pescador no quería, porque decía que allí no habría peces, pero el padre se lo ordenó y fue por obediencia. Y, en verdad, llenó la cesta de peces y regresó al colegio. Este testigo puede asegurar que muchos indios solían visitar al padre antes de ir a pescar para que les indicara dónde podían pescar la clase de peces que deseaban. Así cogían gran cantidad de peces, aunque pescaran fuera del tiempo*¹⁰⁷.

Y continúa diciendo que, *estando el padre José en un lugar de Río de Janeiro, donde los indios pescaban, les preguntó qué clase de peces deseaban coger y, según lo que ellos le decían, él les mandaba ir a tal o cual lugar y allí ciertamente conseguían muchos de los peces deseados. Como había algunos pescados que dañaban las redes, según le manifestaron, él les habló en alta voz a los peces para que salieran de las redes, como de hecho lo hicieron, quedando todos admirados*¹⁰⁸.

Y añade que *el año 1584, cierta noche, caminando de Río de Janeiro a Maricá, el padre pernoctó junto a una roca en un lugar donde suele haber panteras, que matan a los seres humanos. El padre salió esa noche y estuvo mucho tiempo fuera. Al regresar, tomó un racimo de plátanos, los dividió y los echó, diciendo: "Tomadlos". No se veía a quién se lo decía, pero a la mañana siguiente todos vieron las huellas de dos panteras que habían estado sentadas en el lugar donde había estado el padre José; y con él habían llegado hasta la puerta de la choza donde todos dormían*¹⁰⁹.

Un día, mientras algunos indios caminaban después de la pesca hacia el poblado de San Bernabé, mataron varios monos. Entonces llegaron otros monos y, como los indios les tiraban palos, el padre José les dijo que no los mataran. Y

¹⁰⁶ Sum p. 55.

¹⁰⁷ Sum p. 62.

¹⁰⁸ Sum p. 49.

¹⁰⁹ Sum p. 48.

el padre les dijo a los monos vivos: “Vosotros acompañaréis a vuestros compañeros difuntos”. Unos lo hacían por tierra y otros saltando por los árboles. Así lo hicieron durante dos leguas y, al llegar cerca del poblado, el padre José les dijo que se quedaran allí y no avanzaran más, no los fueran a matar los indios. Ellos así lo hicieron y no continuaron más. Y este testigo (padre Pedro Leytao) lo vio con sus propios ojos al igual que los indios que venían de pescar ¹¹⁰.

Francisco Viegas refiere que le contó Florencia Baldasarro que en un trapiche de azúcar querían poner al yugo a un buey que no estaba domado aún. Y estando tres o cuatro hombres en la tarea, no pudieron por la ferocidad del animal. Viendo esto el padre José, se acercó al buey y le dio tres veces la bendición con la señal de la cruz y le dijo a un muchacho que se acercase y le colocase el yugo. Y sin ningún problema, el muchacho lo hizo, encontrando al buey manso y tranquilo. La señora Florencia lo tuvo por un milagro y también lo tiene este testigo ¹¹¹.

I) PODER SOBRE LAS SERPIENTES

Mateo Luis Grore refiere que oyó decir que, caminando el padre José al castillo de San Andrés, sus acompañantes estaban nerviosos, porque una víbora se había lanzado contra ellos. Llamaron al padre, quien al verla, le mandó que se retirase de ese lugar. El animal obedeció de inmediato ¹¹².

En otra ocasión, el padre, ante otra víbora (quizás era la misma), le mandó que se quedara quieta a sus pies, diciéndole que otra vez le había corregido y no se había enmendado, ordenándole que no debía hacer daño a los compañeros del padre. Le puso el pie sobre su cabeza en señal de castigo y le mandó irse, lo que hizo enseguida ¹¹³.

Juan Suárez dice por su parte: *El padre en ocasiones cogía con sus manos serpientes venenosas sin que le hicieran mal alguno y les mandaba irse y se iban.* ¹¹⁴

Entre los religiosos jesuitas hay una tradición constante de que el siervo de Dios José de Anchieta había pedido a Dios que ningún religioso de la provincia

¹¹⁰ Sum p. 51.

¹¹¹ Sum p. 76.

¹¹² Sum p. 52.

¹¹³ *Ibidem*.

¹¹⁴ *Ibidem*.

del Brasil fuera mordido por serpientes y que se le atribuye este privilegio, porque tenía dominio sobre serpientes, panteras, tigres, etc., mientras vivía.

El padre José Ayres certifica que *un día, hablando con el padre Rafael Álvarez, le decía que Dios había hecho prodigios por intercesión del padre José pero que dudaba de que fuera cierto lo que se decía de que ningún religioso era picado por las serpientes como un privilegio que él había conseguido de Dios para los religiosos del Brasil. Y esa misma noche, a las diez, estaba el padre Rafael Álvarez en la ventana y encontró una serpiente de más de cinco palmos, la cual fue vista por varios religiosos, que la mataron. Y este testigo lo reprendió por su incredulidad. Y después de 15 días, aparecieron otras dos serpientes en la ventana y también las mataron. Y el padre Rafael declaró que ahora sí creía en el antedicho privilegio* ¹¹⁵.

El padre Gaspar Borges declara: *Hace unos nueve o diez años estaba en la misión del Casal de Reritiba. Me acosté y, como no había luz en la habitación, siendo ya muy de noche, extendí el pie y toqué algo frío. Dudando que pudiera ser una serpiente, me levanté y me acosté en la red (lecho ordinario de los indios). Al amanecer, llamé a unos jóvenes indios para que buscaran a ver si había alguna serpiente y encontraron una llamada geraraca, que es de las más venenosas, y la mataron* ¹¹⁶.

Hace unos diez años este testigo (padre Alejandro Perier) visitaba las misiones con el padre provincial, Alejandro Guzmán, y tuvieron que dormir una noche en el campo. Al día siguiente este testigo montó en su caballo y los indios que lo acompañaban notaron que pendía una serpiente debajo de la silla de montar. Le salía la cabeza por una parte y por la otra la cola. Y consideraron que fue un milagro de Dios por intercesión del padre José, que no picó ni al testigo ni al caballo ¹¹⁷.

¹¹⁵ Sum p. 277.

¹¹⁶ Sum p, 278.

¹¹⁷ Sum p. 275.

ALMAS DEL PURGATORIO

El padre José, como todos los santos, tenía mucha devoción a las almas del purgatorio y rezaba mucho por ellas todos los días y, en especial, en la santa misa, en la que encomendaba a todos los difuntos de que tenía noticia.

En una ocasión había salido el padre lejos de la ciudad de Bahía a oír la confesión de un enfermo y, volviendo a casa, se le hizo de noche. Acercándose él y su compañero a una laguna, oyeron entre las voces de muchas ranas, gritos, como de hombres que padecían rigurosos tormentos. Al compañero se le erizaron los cabellos, pero el padre José se puso en oración y mandó a su compañero que rezara cinco padrenuestros y cinco avemarías por las almas del purgatorio. Acabada esa oración, cesó el llanto y el compañero nunca más oyó esos llantos, aunque pasó diferentes veces por aquel lugar ¹¹⁸.

ASÍ ERA ÉL

El padre José era un santo en vida. Un hombre, que se pasaba muchas noches ante Jesús Eucaristía en oración y con frecuencia caía en éxtasis y levitación en completa contemplación de Dios. Llevaba una vida muy penitente, haciendo muchos sacrificios en la comida y en sus correrías apostólicas, ofreciendo todo por la salvación de los indios y también de los portugueses. A todos los encomendaba al Señor.

Pablo de la Cruz declaró que *el padre José maltrataba su cuerpo con cilicios, ayunos, abstinencias y vigiliias, durmiendo en tierra sobre una tabla y teniendo por almohada una piedra que este testigo le quitaba a veces, pero él la volvía a colocar; y este testigo vio con sus propios ojos cómo ayunaba y se disciplinaba y dedicaba mucho tiempo a la oración ¹¹⁹.*

Pedro Leme refiere que *lo vio muchas veces, de día y de noche, de rodillas en oración, llorando y suspirando, mirando al cielo, y dándose disciplinas y durmiendo sobre una tabla. Y era por todos considerado como un santo. Sus reliquias fueron consideradas después de su muerte como las de un santo ¹²⁰.*

Juan de Cales manifestó en el Proceso que *fue un hombre de mucha oración y oyó decir que tuvo muchos raptos y éxtasis y tenía espíritu profético. Mientras vivió y después de su muerte, fue tenido siempre como un santo. Y*

¹¹⁸ Rodríguez Pedro, o.c., pp. 278-279.

¹¹⁹ Sum p. 140.

¹²⁰ Sum p. 27.

muchos lo invocan como abogado e intercesor en sus necesidades. Y esto lo dice el testigo por haberlo conocido y ser de pública voz y fama. Y Dios por medio de sus reliquias e intercesión ha hecho muchos milagros ¹²¹.

Manuel Fernández nos dice que *con sus predicaciones convirtió a muchos pecadores de su mala vida, y a los eclesiásticos y religiosos los llevó a mayor perfección y a gran cantidad de paganos al verdadero Dios* ¹²².

Melchor Ferreira certifica que *el padre Anchieta convirtió a muchos gentiles. Una vez vio a un indio esclavo, que era gentil y lo tenían en prisión con cuerdas y tres hierros en poder de otros indios gentiles. Llegó el padre José y el indio le dijo que, si él supiera la lengua de los cristianos, le habría pedido a Dios que lo liberase. El padre le respondió que pidiese a Dios en su lengua que lo librase porque Dios sabía todas las lenguas y que él mismo le ayudaría con su oración y, volviéndose a este testigo, le dijo: “Melchor, ponte en oración y ayúdame para que Dios lo libere”. Y esa misma noche le quitaron las cuerdas y los hierros y lo liberaron y pudo huir, después de pedir el bautismo al padre y conseguir ser bautizado por él* ¹²³.

Y continúa: *El padre Anchieta muchas veces fue al encuentro de los indios enemigos que vivían cerca de la ciudadela de “Santos” para tratar con ellos de paz, exponiendo su vida con el fin de liberar a los portugueses y cristianos de los ataques y asechanzas que recibían de esos indios. Y asegura que el padre José tenía gran deseo de morir por la fe cristiana* ¹²⁴.

Clemente Álvarez manifestó: *Una vez el padre José encontró en un lugar un indio muy anciano. Le dijo que venía de un lugar lejano para que lo bautizase. El padre lo bautizó y, después de bautizado, el indio murió* ¹²⁵.

Una india dio a luz a un niño que era monstruoso en algunas partes de su cuerpo y, avergonzada, lo escondió y lo enterró vivo. El padre José, al enterarse, lo desenterró todavía con vida y lo bautizó; y después murió entre sus manos para vivir eternamente ¹²⁶.

El padre Pedro Leytao declaró que *oyó decir al padre José que cierta mujer india dio a luz a un niño que el esposo mandó matar, porque pensó que*

¹²¹ Sum p. 25.

¹²² Sum p. 29.

¹²³ Sum p. 32.

¹²⁴ Sum p. 33.

¹²⁵ Sum p. 36.

¹²⁶ Rodríguez Pedro, o.c., p. 9.

no era suyo. Cuando lo oyó el padre José, fue a la sepultura, extrajo a la criatura, que encontró viva, la bautizó y, después de bautizada, murió ¹²⁷.

Alejo Leme nos dice que *en una oportunidad los indios tamojos habían tomado cautivas a algunas mujeres cristianas y el padre José, movido de caridad, se fue al poblado indio, arriesgando su vida, pues eran enemigos de los portugueses. Lo recibieron bien y pudo conseguir que le entregaran las mujeres cautivas, que llevó de regreso a su familia* ¹²⁸.

Manuel Fernández asegura que *en una oportunidad los indios tamojos habían encontrado una mujer portuguesa y él con peligro de su vida se fue a esos indios. Ellos querían matarlo y comérselo a él, pero con la gracia de Dios conjuró el peligro y pudo llevar a la señora a su familia* ¹²⁹.

Era tanto su amor y confianza en el Señor que pasara lo que pasara sabía que Dios proveería a sus necesidades. *Un día, a la hora de comer, el cocinero le avisó que no había nada para la comida. Él le mandó que tocara la campana, como se acostumbraba, un cuarto de hora antes de la comida para hacer el examen de conciencia. Terminado el examen, mandó que fueran todos al comedor. Y estaban comenzando la lectura, cuando tocaron a la portería y el señor José Adorno traía una cesta de comida cocinada recientemente y hubo para todos en abundancia* ¹³⁰.

Ciertamente, el padre José de Anchieta era un verdadero santo y Dios realizaba por medio de él grandes milagros para probar la verdad de la fe católica. De ahí que los mismos indios le llamaban el *amigo de Dios* y lo respetaban y lo querían como a un padre, buscándolo cuando estaban enfermos. Él, por su parte, daba la vida por la salvación de los indios y era capaz de hacer cualquier sacrificio con tal de bautizarlos, exponiéndose a veces a peligros de hombres o animales en plena selva. Y ¡cuántas veces se ofreció a hacer largos viajes para conseguir el rescate de los cautivos portugueses, tomados por los indios y en peligro de ser comidos por ellos!

¹²⁷ Sum pp. 112-113.

¹²⁸ Sum p. 107.

¹²⁹ Sum p. 111.

¹³⁰ Rodríguez Pedro, o.c., pp. 228-229.

CAPÍTULO TERCERO EL MÁS ALLÁ

SU MUERTE

El año 1596 empezó a sentir que sus fuerzas declinaban gravemente. El Superior le mandó que fuera a la Villa del Espíritu Santo, donde tendría más medicinas y otras cosas para recuperar la salud. Como eran 14 leguas de distancia, algunos no le recomendaban la marcha. Al fin decidieron que se pusiera en camino. Partiendo, se mejoró del achaque que tenía y pudo vivir un año más. Llegó a Reritiba, donde una noche, como era muy caritativo, se levantó a preparar un jarabe para un hermano enfermo, pero estaba tan debilitado que se cayó. Con esta caída se agravó y estuvo seis meses en cama en Reritiba. El Superior mandó que lo regresasen de nuevo a la Villa del Espíritu Santo, pero las fuerzas iban declinando cada día más y lo llevaron de nuevo a Reritiba (actual Anchieta en su honor). Aquí se puso peor y estuvo tres semanas en cama, pidió el Viático y la extremaunción y, recibidos ambos sacramentos, el mismo día comenzó a agonizar. Allí murió el nueve de junio de 1597. Tenía 64 años de edad; tres vivió en Portugal y 44 en Brasil.

El padre Juan Fernández refiere que *él mismo le administró los últimos sacramentos de la confesión, comunión y extremaunción en el poblado de Reritiba. Llevaron su cuerpo unos tres mil indios, llorando, a la Villa del Espíritu Santo. Se detuvieron tres días y dos noches en el camino, porque los indios de Guarapatim los detuvieron, ya que querían llorarlo y consolarse, por ser un padre para todos ellos. Y su cuerpo no tenía mal olor*¹³¹.

Manuel Núñez certifica que, *después de su muerte, vio personalmente que acudieron un gran número de fieles, blancos e indios, antes de sepultarlo, y tocaban su cuerpo con rosarios, venerándolo como santo, queriendo todos tener alguna reliquia suya. Muchos lo siguen invocando como intercesor y su sepulcro hasta hoy es venerado y sus reliquias conservadas con devoción*¹³².

Al llegar a la Villa de Espíritu Santo le salieron al encuentro las Cofradías con sus insignias y todos los vecinos con sus autoridades. Juan Suárez, que había sido amigo del padre, pidió ver su cuerpo y todos observaron que salía un olor agradable, a pesar de llevar tres días de fallecido.

¹³¹ Sum p. 238.

¹³² Sum p. 241.

SUS RESTOS

El padre Gonzalo de Oliveira certifica que *el padre general de los jesuitas ordenó que mandasen a Roma alguna parte del cuerpo del padre José. Las reliquias las enviaron en un barco, que fue asaltado por enemigos, pero por la noche, mientras ellos dormían, los cristianos los mataron y así pudieron terminar el viaje, llegando sanos y salvos, y atribuyendo esta salvación a las reliquias que llevaban del padre José. Su cabeza está en el colegio de Bahía y otras reliquias se conservan en la casa del Espíritu Santo. Este testigo lleva siempre una reliquia con él* ¹³³.

El padre Fernando Cardim declaró que *el año 1609 el padre Manuel de Lima, visitador de la provincia de Brasil, con otros padres jesuitas, de noche, extrajo el cuerpo del padre José y sacó de sus huesos algunas reliquias que dividió entre los presentes y algunas dio a algunas Casas de jesuitas de Brasil y Portugal. Y algunas veces este testigo ha dado agua que ha tocado la reliquia de sus huesos y muchos enfermos se han recuperado de diversas enfermedades* ¹³⁴.

Sus restos permanecieron en la ciudad del Espíritu Santo hasta que el padre general, padre Claudio Aquaviva, en 1611, mandó que llevaran sus restos a Bahía, metrópoli del Brasil, y los colocaron en el altar mayor de la iglesia de la Compañía.

MILAGROS DESPUÉS DE SU MUERTE

La vida de san José de Anchieta fue portentosa en milagros en vida y también después de su muerte. Veamos algunos casos de estos últimos.

Antonio de Fonseca nos dice que *Francisco Coelho, en el mes de agosto del año 1619, tenía una criada muy grave y no podía ni moverse. Le trajo agua, que había sido tocada y bendecida por una reliquia del padre José; la enferma tomó el agua y, de inmediato, quedó sana de lo que este testigo puede dar fe personalmente* ¹³⁵.

Eduardo Núñez da fe de que *su madre, María de Cunha, tenía un criado, llamado Atanasio, de 17 años, que tenía fiebre continua y paroxismo. Los médicos lo habían desahuciado y, sabiendo este testigo que las reliquias del padre José hacían milagros, fue al colegio a pedir una reliquia al padre*

¹³³ Sum p. 245.

¹³⁴ Sum pp. 249-250.

¹³⁵ Sum p. 257.

Sebastián Váez y, llevándola a casa, la metió en agua y le dio el agua a beber a Atanasio. Le colocó al cuello la reliquia y, de inmediato, el criado quedó sano y se levantó, diciendo que quería estar presente a las ceremonias de Semana Santa, pues era el día de Miércoles Santo. Hasta el día de hoy permanece sano y ya han pasado siete años ¹³⁶.

El padre Simón Vieira atestigua que *estaba muy grave el padre Francisco Pérez, desahuciado de los médicos, y le pidió al padre Fernando López de la misma Compañía que le diera un pedacito del hueso del padre José. Lo puso en agua y al padre Francisco después de beber el agua, se le quitó la fiebre. Este testigo lo tuvo por milagro, porque ningún remedio le había servido y sólo se sanó con la reliquia del padre José* ¹³⁷.

María de la Trinidad refiere que *tenía una hija de seis años que jugaba con una aguja. Otra niña le dio un golpe en el brazo y la aguja se le pasó y se le quedó hincada en la garganta. Llamaron al cirujano y no pudo sacarla ni tampoco su madre, que lo intentó con sus propios dedos y con pinzas. En esos momentos, pasó por la casa el señor Matías Leitano, que era el alcalde, y le dijo que fuera a buscar una reliquia del padre Anchieta, que era considerado un santo. Llevó a la niña a la Casa de los jesuitas y le dieron a beber una taza de agua, que había sido tocada con un pedazo de hueso del padre José y, al llegar a casa, dijo que tenía hambre y comió, después de haber estado 24 horas sin poder comer. La aguja ya no estaba en la garganta. Y a los tres días la pudo expulsar por la deposición normal, quedando ya todos tranquilos y agradecidos al padre José por su intervención, considerada milagrosa* ¹³⁸.

El padre Agustín Montero dijo en el Proceso que, *mientras comía pescado, se le atravesó una espina en la garganta y, después de haber probado varios remedios, no consiguió sacarla. Al día siguiente, fue a celebrar misa, pensando que con la comunión pudiera el Señor conseguirle la salud, pero tampoco se sanó. Entonces pidió a la Casa de los padres jesuitas que le enviaran agua tocada con una reliquia del padre José y, teniendo la espina ya 24 horas, al momento de beber el agua quedó libre y sano* ¹³⁹.

Francisco Sampayo nos dice que *una noche, mientras se paseaba por su casa, le vinieron unos fuertes dolores al corazón. Apenas pudo ir echarse en su cama. De inmediato pidió que llamaran al padre Pedro Leytao para que viniera a confesarlo, porque se sentía morir. Al llegar el padre, lo encontró en malas condiciones y casi sin sentido. Le mostró un diente del padre José y le dijo que*

¹³⁶ Sum p. 258.

¹³⁷ Sum p. 260.

¹³⁸ *Ibidem*.

¹³⁹ Sum p. 265.

tuviera fe, porque se lo había prestado a otro paciente, a quien le habían dado veneno, y se había curado. Así que pidió un vaso con agua, la hizo tocar con el diente y se la dio a beber, quedando totalmente sano desde ese momento. Este testigo lo tuvo como un gran milagro ¹⁴⁰.

Marta de Costa refiere que *desde hacía cuatro o cinco años tenía tercianas, que la debilitaban mucho. Su esposo Barnabás Suárez le puso al cuello una reliquia del padre José y se mejoró y a los pocos días quedó totalmente sana. Esta testigo conservó esa reliquia y, cuando sus hijos estaban enfermos, les daba agua tocada con la reliquia y se sanaban* ¹⁴¹.

El padre Antonio, jesuita, manifiesta: *He sido sacristán del colegio durante más de 30 años y siempre ha habido muchas personas que pedían agua bendecida con las reliquias del padre José para curar las enfermedades. Esto ha aumentado desde que se supo que estaban haciendo las diligencias para su canonización* ¹⁴².

PODER SOBRE LOS DEMONIOS

El padre José estaba tan unido a Dios y tanto le agradaba con sus oraciones, penitencias y trabajos que el Señor le dio diferentes carismas, especialmente el don de sanar a los enfermos y hacer milagros de distintas clases. También le dio poder contra los demonios y luchar contra los hechiceros que dominaban a los indios con sus supersticiones y mentiras. A veces, tuvo que luchar incluso contra endemoniados y expulsar a los demonios de las almas.

El padre Agustín Carvalho, jesuita, declaró que *los endemoniados eran liberados aplicándoles las reliquias del siervo de Dios* ¹⁴³.

El padre Pablo Carnero da testimonio de que, *en el poblado de Puerto Seguro, un portugués estaba endemoniado. Le hicieron exorcismos y le preguntaron: “¿Cómo te llamas?”. El demonio respondió: “Gequetedeam”. ¿Por qué entraste en su cuerpo?”. “Porque su padre me lo entregó de pequeño”. Le ordenaron salir en el nombre del Señor y de su siervo el padre José de Anchieta, pero el demonio aclaró que no saldría hasta que encontraran una cinta roja. Le preguntaron dónde estaba y respondió que en la puerta del jardín*

¹⁴⁰ Sum p. 269.

¹⁴¹ Sum p. 272.

¹⁴² Sum p. 252.

¹⁴³ Sum p. 332.

la encontrarían con un nudo en medio. La encontraron y de nuevo le ordenaron salir y salió y nunca más fue poseído por el demonio y ya han pasado 30 años¹⁴⁴.

Otro caso parecido hace referencia a tres hermanas y lo refiere el mismo padre Pablo Carnero. *Una se llamaba Antonia, otra María y la tercera Brígida. Antonia fue un día al río y vio muchos niños pequeñitos deformes que se reían. Aterrorizada, huyó y quedó como alienada. Le daban convulsiones, y este mal pareció contagiarse después a su hermana María y a continuación a Brígida. El demonio las hacía sufrir por turnos. Les hicieron exorcismos, invocando al Señor y al padre José de Anchieta. Le preguntaron al demonio: “¿Cómo se llamaba?”. Y respondió que Luzbel. “¿Por qué has entrado en el cuerpo de Antonia?”. “Porque su madre me la ha dado”. También dijo que para salir debía encontrarse una moneda de oro de valor de tres patacas (patacones). La buscaron y no la encontraron; y el padre le ordenó al demonio que él mismo la trajera. La endemoniada la vomitó. Entonces se le ordenó salir de Antonia y las tres hermanas quedaron desde ese momento tranquilas sin tormento alguno¹⁴⁵.*

El padre Diego Machado refiere que, cuando entró en la Compañía, había un novicio que estaba endemoniado. Fue a su celda y encontró al padre Rector, padre José de Costa, que lo estaba exorcizando. El endemoniado decía: “No saldré, si no viene el patrón de esta Casa”. Pensando que se refería a San Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía, trajeron una reliquia de este santo, pero el demonio no salió.

Uno de los religiosos dijo que podían traer la camisa del padre Anchieta. Y al oírlo el endemoniado, volviendo los ojos al que lo había dicho, exclamó: “Perro”. Fueron a traer la camisa y, mientras la traían, gritó el demonio: “Dejadme, que ya viene el que me va a sacar”. Y poniéndole la camisa al novicio, se quedó tranquilo. Y esa camisa siempre se ha tenido como una reliquia del siervo de Dios ¹⁴⁶.

¹⁴⁴ Sum pp. 335-336.

¹⁴⁵ Sum pp. 336-337.

¹⁴⁶ Sum p. 333.

EL POZO DEL AGUA MILAGROSA

Gaspar Ribeiro asegura: *Cuando tenía diez años, peregrinaba con mis padres y familiares a la Virgen de la Piedad, a unas seis leguas de la Casa. Y a un cuarto de legua de la iglesia parroquial había un pozo que se llamaba el pozo de San Anchieta. Este pozo había sido de agua salada y poco sana, pero el siervo de Dios le echó algunas piedras en forma de cruz y el agua se hizo sana y de buen sabor. Este testigo bebió de aquella agua y tenía buen gusto, y era clara y muchos van a coger de esa agua para dársela a los enfermos. Siempre he oído decir que el agua del pozo ni crece, ni disminuye, ni con las crecidas, ni con las épocas de sequía* ¹⁴⁷.

Juan de Reis declaró que *muchos de sus familiares en caso de fiebres, en vez de tomar medicinas, tomaban del agua del pozo de S. Anchieta y se sanaban* ¹⁴⁸.

María de Abreu afirma: *Cuando tenía cinco años sufría de roña y se me cayeron los pelos de la cabeza y mi cuerpo era como una llaga. Mi madre oyó hablar del pozo de agua de S. Anchieta y me mandó con mi nodriza para que me lavara. Elena Criola, que era mi nodriza, me lavó bien y a los dos días estaba totalmente sana y, desde entonces, nunca más tuve esa enfermedad* ¹⁴⁹.

Catalina de Albernoz anota: *Hace ocho o nueve años me comenzaron unos fuertes dolores de cabeza y del cuello. El doctor Juan de Motta me dio tres medicinas para tomarlas en tres días seguidos, pero no me hicieron nada. Llamaron a un cirujano, llamado Manuel de Oliveira, y manifestó que la curación sería larga y radical, pero esta testigo no aceptó y prefirió seguir como estaba. Un día, Miguel Fernández, casado y pescador, quiso ir en lancha a visitar con su esposa el santuario de la Virgen de la Piedad y yo le pedí que me llevase. Antes de salir de mi casa, mi madre me había avisado de que, aprovechando el viaje, fuera al pozo del padre Anchieta a lavarme. Me confesé y comulgué en el santuario y, después del almuerzo, acompañada de Miguel Fernández y de su esposa y de una joven llamada Antonieta, fuimos al pozo. Allí me lavé la cabeza con devoción, y pidiendo al Señor por intercesión del padre Anchieta que me liberase de mis dolores de cabeza. Y de inmediato me sentí mejorada y pude bajar de la colina del santuario por mí misma, y lo mismo entrar en la lancha, mientras que a la venida habían tenido que ayudarme a caminar. Y así quedé sana sin haber tomado ninguna otra medicina* ¹⁵⁰.

¹⁴⁷ Sum pp. 302-303.

¹⁴⁸ Sum p. 303.

¹⁴⁹ Sum p. 306.

¹⁵⁰ Sum pp. 311-312.

Benito Barros padecía desde nacimiento de asma. *Cuando tenía 18 años, estaba en casa del sargento mayor Francisco de Macedo Freire y decidieron ir al santuario de Nuestra Señora de la Piedad. El sargento lo llevó al pozo del padre José. Le mandó que rezara de rodillas un padrenuestro y un avemaría y después que bebiese una taza de agua del pozo. Y, al instante, sintió una mejoría y nunca más volvió la enfermedad. A los dos días, regresó al pozo y se lavó bien la cabeza y la cara y decidió rezar todos los días un padrenuestro y un avemaría al padre José en agradecimiento al milagro de su curación y otro padrenuestro y otra avemaría a la Virgen de la Piedad por haber sucedido el milagro en el lugar de su santuario. Y, si algún día se olvida de rezar, siente dentro de sí un peso, que no pasa hasta que reza lo prometido*¹⁵¹.

LOS MÁRTIRES DEL BRASIL

El Papa Pío IX beatificó en Roma el 11 de mayo de 1854 a los primeros 40 mártires del Brasil. Fueron 40 los jesuitas asesinados por piratas calvinistas franceses. Eran españoles y portugueses, que iban a evangelizar a Brasil. Uno se pregunta: ¿Por qué Dios permitió que 40 misioneros fueran asesinados por los herejes? ¡Cuánto bien hubieran podido hacer en Brasil! Son los misterios de Dios, que no podemos comprender, pero la sangre de los mártires no fue en vano y fructificó en suelo brasileño por medio de otros sembradores espirituales. De hecho, a pesar de tantos ataques de enemigos internos y externos, el Brasil permaneció unido como país y con la preeminencia de la fe católica. Actualmente es el país de mayor número de católicos del mundo.

Pero, siguiendo con nuestra historia, digamos que iban en el barco *Santiago*, en que iba de Superior el padre Ignacio de Azevedo con otros 39 jesuitas. Este barco se había separado de la flota para hacer escala en las islas Canarias. Fue atacado el 15 de julio de 1570 por cinco navíos piratas franceses, dirigidos por Jacques Sourie. Sólo respetaron a un hermano para que les ayudara en la cocina. Pero Dios quiso completar el número y un adolescente, llamado Juan, sobrino del capitán del barco, y que se vistió con una sotana, también fue lanzado al mar, completando así el número de 40.

No fueron los únicos mártires de esta expedición, porque otro grupo de 12 murió en las borrascas de las islas Azores, siendo en total 52 los mártires del Brasil, que iban a evangelizar ese país, aunque estos 12 últimos no están beatificados, al igual que otros muchos misioneros mártires de los indios o de los poderosos y terratenientes de turno, que han muerto a lo largo de los siglos por cumplir su misión evangelizadora, especialmente entre los más pobres.

¹⁵¹ Sum p. 307.

BEATIFICACIÓN Y CANONIZACIÓN

Fue beatificado por el Papa Juan Pablo II en el Vaticano el 22 de junio de 1981. El Papa lo llamó en esta ocasión *el apóstol del Brasil*.

El 2 de abril del 2014, el Papa Francisco firmó el decreto de canonización. El 3 de abril tuvo lugar la canonización equivalente o extraordinaria, sin necesidad de un milagro reciente. El 24 de abril, el Papa Francisco presidió en la iglesia de San Ignacio de Roma la Eucaristía en acción de gracias por su canonización.

Su fiesta se celebra cada año el 9 de junio, día de su muerte. Fue el primer mariólogo jesuita y gran investigador de la flora y fauna brasileñas así como de las costumbres de los indios. Un hombre extraordinario humanamente, pero sobre todo espiritualmente, porque fue un instrumento escogido por Dios para manifestar sus maravillas ante la vista de los hombres por medio de milagros y de sanación de enfermedades incurables.

Su nombre está en muchas calles, ciudades, escuelas, hospitales, autopistas o iglesias del Brasil. La antigua ciudad de Reritiba, donde murió, ahora se llama Anchieta. Y está en ella el gran santuario nacional en su honor.

